Juan Manuel Sastre
Recuerdos y Memorias

1887 - 1974

Parte de la historia de un chaval de solo 11 años que, con tenacidad, trabajo y honradez supo triunfar en la vida.

Sus Hijos, sus nietos y sus bisnietos

Buenos Aires, Argentina

1887

RECUERDOS Y MEMORIAS

Juan Manuel Sastre (1887-1974)

Tabla de contenido

La guerra de Cuba y en general la miseria en España, hacen pensar en viajar a América para conseguir pagar las deudas del pueblo 4

En 1898 salen de Calzadilla a Vigo rumbo al Brasil 5

Los buques a Brasil ya no los paga el gobierno, se complica la situación, se toman decisiones importantes 7

Llegando a América, Brasil, Río de Janeiro, momentos de alegría y esperanza 8

Comienzan las desilusiones y devenires en las Facendas de San Pablo, Brasil 9

Termina el trabajo en las Facendas para ir a Cerquera César, al Hotel de un amigo 13

Vuele a San Pablo porque el hotel se volvió peligroso para un niño 18

Se acaba la felicidad en San Pablo, su padre le dice que tiene que ir a Buenos Aires, con sus tíos ricos, y él volver a España, con el resto de la familia 22

Comienza a la dura vida en Argentina, con recuerdos de su reciente pasado en Brasil y el devenir de la vida 24

Siente desesperanza por el maltrato de sus tíos, quiere dejar todo y volver a Brasil, se sube a un barco de pasajeros en el puerto 28

Ve todo negro, la vida no le sonríe, creía que la mejor solución era eliminarse, siempre hay un alma buena y la fe vuelve 30

Luego de perder todo, 6 meses después se empieza a recuperar y a tener sus humildes propiedades 33

El susto del supuesto robo en el almacén y las risas por el mal rato que pasaron 35

A sus 16 años, ya empieza a buscar trabajos “de grande” y se busca la vida en restaurantes y confiterías 39

Sigue trabajando mucho y aprovecha para dar rienda suelta a su único “vicio” el teatro 42

Vuelve a España, después de 6 años de devenires y aprendizajes, la dicha de su familia y su padre de volver a verlo 44

Añade detalle de la vida en su pueblo y cómo fue la salida de Calzadilla a sus aventuras en América 47

Principales fechas e hitos en su vida 65

Fotos e Imágenes 67

Comunión de sus nietas Amalia y Graciela, 8 de diciembre de 1949 67

Posters de la Casa Tonsa, el calzado perfecto 68

La guerra de Cuba y en general la miseria en España, hacen pensar en viajar a América para conseguir pagar las deudas del pueblo

Allá por los años 1886 al 98 se estaban pasando unos años de muchísima miseria en España, algo por la guerra de Cuba y mucho por la falta de lluvias que se perdían cosechas tras cosechas; pueblos como los nuestros que no tienen otras entradas se hacía muy difícil seguir viviendo en esa forma.

El vino era un renglón que también ayudaba a seguir viviendo pero fuera por la sequía que ya duraba tres años o porque así tienen que pasar las cosas, lo cierto es que vino una enfermedad en las plantas que le llaman filoxera y arrasó con todo en muy poco tiempo. Nuestro pueblo o sea sus vecinos recurrieron a pedir dinero prestado y a hipotecar fincas para ir viviendo, pero la situación no mejoraba y los intereses se comían todo. Mi padre, que en gloria esté, no pudo sustraerse a pedir prestado, eso que el pueblo nos consideraba como gente rica, pues mi padre para ganar unas pesetas más con que hacer frente a las necesidades de la casa, compraba lino y cualquier cereal que se pudiera adquirir en la región, Vendíamos vino, teníamos estanco de tabaco, aparte de labrar las tierras y cuidar nuestras vacas y ovejas. Igual a los demás vecinos, toda gente muy buena y honrada que compraban a pagar cuando levantaran la cosecha, pero esta era mala y poca y había que pagar los intereses de las hipotecas y como para todo no alcanzaba y por ser mi padre como era del pueblo y amigo de todos, le pagaban tarde y mal, como se dice vulgarmente, Así que nuestra situación de regular se había puesto mala. El trabajo de la tierra pesaba, no había pastos, la hacienda no se podía mantener y venderla resultaba un problema, porque es con lo que se contaba para labrar la tierra. La situación que en general era mala, a mi padre le parecía peor, por cuanto no estaba acostumbrado a deber, pues a la sazón debía 6000 reales y aunque a él también le debían, pero por la situación que se estaba pasando en el pueblo, no podía él exigir que le pagaran.

Así es que allá por el año 1889, llegó al pueblo un vecino que venía del Brasil que traía algún dinero, que según él, allí podría ganarse

con facilidad y por otra parte el gobierno del Brasil llevaba inmigrantes pagando por su cuenta los pasajes y procurándoles trabajo. Claro está que esta noticia cayó en el pueblo como una bomba y enseguida se habló de ir al Brasil, pensando que así podrían pagar las deudas y a lo mejor hacerse ricos. Se contaban muchas fábulas.

Así se reunieron alrededor de 30 personas, entre ellas estaba mi padre y yo. Los gastos hasta Vigo costaban alrededor de 5 duros, 25 pesetas por persona y fue toda una tragedia conseguir para todos, pues como ya he dicho, la situación era mala.

En 1898 salen de Calzadilla a Vigo rumbo al Brasil

Salimos del pueblo en el mes de Mayo de 1898 con poco más que lo puesto y una manta y parecía que íbamos para el otro mundo. El pueblo entero y en procesión con las autoridades y el señor cura a la cabeza, fueron hasta la orilla del río a despedirnos, a echarnos la bendición el señor cura y los demás a desearnos buena suerte.

Como en esos tiempos salía muy poca gente de esos pueblos, las escenas de las despedidas no son para narrarlas y como junto con nosotros iban varias mujeres, nuestras madres y esposas, no se cansaban de recomendarles que nos lavaran bien la ropa, que nos cuidaran y un sin fin de recomendaciones que lo pobres no pudieron cumplir como es natural, al llegar a Brasil.

Cada uno se colocó como pudo, siguiendo nuestro viaje después de salir del pueblo, nos encaminamos, para evitar gastos, a pie hasta Astorga, que es donde debíamos tomar el tren que nos debía llevar a Vigo. Esta población está a 12 leguas del pueblo, así es que nos pusimos en marcha y tardamos varios días en llegar y aunque largo, el trayecto en cierto modo, resultaba agradable, pues en todos los pueblos que pasábamos y que teníamos que hacer noche, nos proporcionaban alimentos sin que eso nos costara nada y buscando por todos los medios que al irnos a tierras extrañas, lleváramos un grato recuerdo de nuestros paisanos. Y así es en efecto, pues son cosas que no se olvidan nunca y muy propias del pueblo español. Yo a

través de tantos años recuerdo con mucha gratitud todas esas muestras de cariño y desinterés que nos dieron en momentos que tanto lo necesitábamos. A todos mil gracias y mi agradecimiento.

Por fin llegamos a Astorga, tierra de maragatos y de los famosos mantecados y después de larga espera, llegó el tren que nos conduciría a Vigo, toda una novedad pues nunca habíamos viajado en ferrocarril. Seguimos de Astorga hacia Ponferrada el Biergo, luego Galicia, paisajes inenarrables, muchísimos túneles, ríos costeando la vía, toda una maravilla y por fin, ¡Vigo!

Tratamos de alojarnos lo mejor y más barato que pudiéramos y pagamos 6 reales por persona y por día, que siendo barato, para nuestros pequeños recursos, era toda una fortuna. Enseguida nos pusimos en campaña para poder embarcar, pero pronto tuvimos que sufrir un desengaño, pues el último vapor había salido hacia pocos días para Brasil y no tenían noticias de cuándo vendría otro. Así es que dada la escasez de recursos no podíamos seguir en la pensión y alquilamos dos grandes habitaciones, una para las mujeres y otra para los hombres, por lo cual teníamos que pagar 10 centavos por día y por persona. Preparamos colchones rellenos de viruta que resultaban frescos y cómodos y sobre todo muy de acuerdo con nuestros recursos. Durante el día, los amontonábamos para tener espacio para comer, aunque los muebles no ocupaban gran cosa, pues se componían de algunos cajones que nos habíamos agenciado, pero éramos cerca de 50 personas. La comida se hacía en una pequeña cocina que a tal efecto nos había facilitado la dueña de casa. Nuestra comida se componía de pescado y patatas, cosas ambas que abundaban en aquella época y que nosotros pedíamos a los comerciantes, los cuales no ponían reparo en dar, ya fuera por pequeños servicios o simplemente por ayudarnos. Nos quedaba por resolver el asunto leña para la cocción, era escasa y muy cara y pronto nos orientamos a las afueras de la ciudad a los bosques de pinos que abundaban mucho. Conseguimos algunas ramas secas y piñas y con eso íbamos pasando sin hacer mayores mellas en nuestras finanzas, ya que nuestras entradas se reducían a algunas horas de trabajo que conseguían algunos hombres en la descarga de vapores en el puerto y algunos mandados que hacíamos los más jóvenes. Otras entradas consistían en cuando había algún fallecimiento acompañar el féretro hasta el cementerio que distaba

una buena media legua y llevar una vela encendida. Por todo ellos nos pagaban 1 peseta o 2 reales, según la categoría del difunto. Así llevábamos ya cerca de 2 meses y el vapor que nos habría de llevar como inmigrantes al Brasil no llegaba y nuestra situación cada vez resultaba más molesta y en una de las tantas veces que fuimos a la Embajada brasilera para saber noticias se nos informa que el Gobierno de Brasil había suspendido los vapores que transportaban emigrantes gratuitamente, pero que el que fuera por sus medios al Brasil, allí tendría por cuenta del Gobierno, todo lo que necesitase hasta encontrar trabajo.

Los buques a Brasil ya no los paga el gobierno, se complica la situación, se toman decisiones importantes

A partir de ese momento la situación mala que veníamos pasando, se volvió trágica, pues muchos se desesperaban y no sabían qué rumbo tomar. Por fin acordaron que fuese mi padre al pueblo y dos vecinos más, para tratar de conseguir el dinero que nos habría de llevar a Brasil, lo que solo pudieron hacer en parte pues costaba el pasaje alrededor de 250 pesetas cada uno y como es natural, todos no pudieron conseguir esa suma y a muchos les mandaron para que tomaran el tren de regreso a casa y terminar así una amarga aventura. Así fue que de 30 personas que salimos juntas del pueblo, solo embarcamos 12 con pasajes pagos, los demás tuvieron que regresar a sus casas.

Por fin llegó el día del embarque y en aquella época, los vapores no atracaban en el muelle, quedaban a unos doscientos metros de la costa y había que ir con lanchas a bordo. A nosotros un día de mar grueso y la falta de costumbre de ir embarcados, lo cierto es que antes de llegar al vapor ya estábamos mareados y en consecuencia habíamos cambiado la peseta.

Una vez a bordo nos pareció estar en el Paraíso, ya fuera porque lo habíamos pasado tan mal, por el afán de llegar al Brasil, donde pensamos que en cuanto llegáramos tendríamos todos los miles de Reis que quisiéramos a nuestra disposición, pues en ese sentido corrían

muchas fábulas y en nuestro desconocimiento en absoluto de lo que eran otros países fuera de España, nos forjábamos muchas ilusiones. El viaje, como todos los de aquella época, resultaban cansadores, vapores más propios para transportar hacienda que personas, con dormitorios comunes, todos juntos en la bodega y bastante falta de higiene y para comer se hacía en cubierta y sin ninguna comodidad. Se nos entregó un tacho de latón para diez personas y un plato y un jarro del mismo metal para cada uno, una cuchara y un tenedor. Con esta batería teníamos que arreglarnos para todo lo que nos servían, que no era mucho ni muy variado. Con el mismo nos daban café negro a la mañana y un pedazo de pan hecho a vapor, el que solo por mucha necesidad se podía comer. Todos los utensilios teníamos que lavarlos y guardarlos, pues el que perdía el plato u otro objeto no se lo reponían. Así llegamos a Río de Janeiro después de 32 días de viaje.

Llegando a América, Brasil, Río de Janeiro, momentos de alegría y esperanza

Nos llevaron a la Inmigración, un edificio bastante confortable, nos trataban bastante bien y nos hacían pasear para conocer Rio, ciudad muy hermosa que nosotros mirábamos con asombro pues no pensábamos que después de nuestra España podría haber nada semejante. Recuerdo que en uno de nuestros paseos nos convidaron con café y claro, este siempre nos parecía amargo y llenamos la taza de azúcar y la comíamos como si fuera dulce. Ocho días estuvimos en Río mientras las autoridades nos buscaban destino y ya próximos a salir, un día al ir yo a la cocina a buscar el café en el tacho reglamentario, me topé con otro y se me volcó sobre el pecho, lo que dado que estaba muy caliente, me produjo unas llagas que me hacían sufrir bastante y tuvieron que internarme en la enfermería donde pasé 15 días sufriendo bastante, estado que aprovechó mi padre para coserme y lavarme la ropa bastante deteriorada y sucia, aparte de algún insecto molesto y que se había agregado a las costuras de la ropa, donde se hallaban muy cómodos y no se querían desalojar, en cambio yo, con tales inquilinos no me encontraba muy tranquilo. Por fin a fuerza de agua caliente y desinfectantes, pudimos vernos libres de tan molestos habitantes.

Ya curado de mis quemaduras, se nos destinó a la inmigración de San Pablo, por cual después de unos días nos mandaron a una Facenda de la provincia, partido de Bata Catú, de nombre Cintra. Fue mi padre a tratar con el administrador para saber que trabajo teníamos que hacer y el sueldo que nos iban a pagar. Llegó loco de contento al saber que a él le pagarían 60.000 Reis por mes y a mi 30.000. Yo había quedado en Bata Catú y cuando llegó ni sabía cómo comunicarme su alegría al saber que entre los dos podíamos ganar 90.000 Reis, casa y comida y empezó a hacer proyectos para cuando cobráramos y mandar a España y saldar así la deuda que tan preocupado lo tenía, pues en su mente asociaba los miles de Reis con los miles de Reales y pronto tuvo que ver que la realidad era muy otra, pues tan pronto cobramos el mes, fuimos a la Ciudad para comprar algunas ropas que tanta falta nos hacían y cual sería nuestra sorpresa que antes de haber comprado lo más indispensable, nuestros 90.000 Reis ya se habían esfumado y quedamos sin ropa y sin poder girar a España, pues en vez de los 90.000 Reales que nuestra fantasía había forjado, no ganábamos ni 90 Reales, todo lo cual era muy poco comparado con las muchas necesidades que teníamos. Ahí empezaron las primeras desilusiones que sufrió mi pobre padre a su llegada a Brasil.

Comienzan las desilusiones y devenires en las Facendas de San Pablo, Brasil

Trabajamos 4 meses en esa Facenda, pero a mi padre no le sentaban las comidas, se había puesto delicado del estómago y muchos días tenía que guardar cama, con el desagrado correspondiente de los patrones. Yo en cambio, la pasaba muy bien trabajando en las casas y hasta me habían aumentado el sueldo a 40.000 Reis por mes y el trabajo era muy llevadero. Como mi padre no se ponía bien, buscamos otra Facenda donde había un matrimonio de paisanos nuestros, que podían cuidar de mi padre. A la vez, yo trabajaba ayudando a la familia en los trabajos de la recolección del café, caña de azúcar y demás trabajos mientras tanto mi padre mejoraba rápidamente y pedimos en la administración de la estancia trabajo en la recolección del café y a ser posible, quedar como colonos para más

adelante. Así fue que nos dieron una casa de colonos, útiles para trabajar la tierra, bolsas y unas grandes lonas, las que se ponen debajo de las plantas de café para la recolección. Preparamos lo mejor posible unos catres para dormir y unos cuantos utensilios de cocina, pues entre los dos debíamos trabajar y hacer la comida. Pronto nos dimos cuenta que estos trabajos son para grandes familias, pues nosotros trabajando de sol a sol, mal comidos y con toda clase de dificultades, ganábamos menos que trabajando por cuenta del patrón.

Tan pronto como cobramos la primera quincena, procuramos dejar el trabajo e irnos a probar fortuna en otro lugar, pero al comunicarles a nuestros paisanos nuestra decisión de irnos, nos aconsejaron que no lo hiciéramos pues el administrador que era medio loco, podía tomarlo a mal y costarnos una paliza o algo peor, pues hacía poco habían golpeado a un colono muy malamente y hasta tuvo que intervenir el Cónsul de aquel país.

Así planteadas las cosas, no sabíamos qué rumbo tomar. Con la cosecha del café reventábamos y ganábamos muy poco y dejar no se podía. A todo esto mi padre volvía a sentirse mal del estómago, lo cual no era de extrañarse dado lo mal que comíamos y que nosotros mismos preparábamos, pues nuestro principal alimento lo constituían algunas conservas en latas y pan tipo español que hacían unos paisanos que amasaban cada ocho días, más quemada, por la falta de tiempo para cuidar el fuego, pues cuando trabajábamos debíamos hacerlo los dos juntos, así rendía algo más el trabajo. También conseguíamos alguna carne de cerdo, pollos y huevos que abundaban en la región. Todo más o menos bueno, si hubiera una persona en la casa que cocinara y cuidara, pues nosotros después del trabajo agotador que hacíamos durante el día, pocas ganas teníamos de hacer las cosas de la casa y mucho menos por ver el poco resultado que sacábamos de todo.

Así es que el domingo visitamos a unos paisanos que trabajaban en una Facenda muy buena y que a la sazón precisaban gente y distaban 2 leguas de donde estábamos nosotros y con la recomendación de éstos, se nos dio trabajo enseguida. Ganamos mi padre 3.000 Reis por día y yo 1.500 para trabajos generales que consistían en la mayor parte,

el cuidado de las plantas de café, siembra de maíz, porotos, caña, etc.

Llegamos a la Facenda donde trabajábamos y todo el día lunes nos damos a la tarea de arreglar nuestros cachivaches y por la noche, rodeando potreros para no ser vistos y con nuestro pobre bagaje a la espalda nos fuimos y dejamos la recolección del café y sin cobrar lo último que habíamos cosechado, pero muy contentos de habernos podido ir sin mayores inconvenientes.

Así caminando toda la noche por bosques, en los cuales había animales salvajes de toda clase, por caminos abiertos en la selva y el ruido que el viento producía en los árboles nos dejaba a veces en suspenso, íbamos caminando muy atentos, tanteando el camino con un garrote que nos habíamos proporcionado como arma de defensa, aparte del cuchillo que en el Brasil es casi una herramienta de trabajo, pues todos lo usan y son verdaderos machetes. Después de muchos tumbos y la tensión nerviosa que supone pasar una noche semejante, llegamos al amanecer a una granja donde sus dueños estaban ordeñando para mandar la leche a Bote Catú. Nos convidaron con café y nos permitieron descansar para después seguir viaje a nuestro nuevo destino que era la Facenda del Dr. Juan de Rocha, concesionario de los más ricos de la provincia de San Pablo.

Allí ya nos encontramos mejor, había muchos paisanos y después del trabajo hacíamos pequeñas reuniones. Los domingos se juntaban varias familias, se bailaba y se charlaba de cosas de la tierra, se jugaba a la brisca y se hacían buenas comilonas al uso nuestro. Se comía pan casero y con eso íbamos desterrando un poco la morriña, pues los primeros meses, ya sea porque estábamos fuera de nuestro ambiente, sin conocer el idioma, tratando siempre con desconocidos, se nos hacía pesada la vida.

Así pasamos cerca de un año en nuestra nueva ocupación, yo hacía el aguatero, es decir llevar agua a los trabajadores en pequeños barriles, llevar la comida hasta donde trabajaban, lo que se hacía en un carro preparado de ex profeso, donde se colocaban grandes ollas para llevar a donde trabajaban los peones, que en cuadrilla de 30 ó 40 hombres se ocupaban en carpir las yerbas que crecían entre

los cafetales, a distancia que en muchas ocasiones, alcanzaban hasta 3 y 4 Km de la casa. Esto al mediodía se hacía para que no perdieran tiempo, el trabajo era de sol a sol.

Un día llegó el dueño de la Facenda y como hacía falta alguien que ayudara a la mesa, me llevaron a mí. Durante los ocho días que estuvo me tocaba atenderlo y naturalmente, para mí era un honor y trataba que tan ilustre señor quedara contento de mis servicios. No sé si lo conseguí, lo que sí al irse me regaló 20.000 Reis, que a mí me pareció una fortuna. A partir de esa fecha no fui más a trabajar al campo, ya quedé definitivamente para servir la mesa y otros quehaceres para la familia del administrador y me la pasaba muy bien. La señora de la casa me había tomado cariño y con un hijo que tenía de mi misma edad, nos entreteníamos mucho y lo acompañaba a casa de los arrendatarios y a Facendas vecinas. Siempre íbamos a caballo y le gustaba correrme carreras, para lo cual yo no era competidor pues me ganaba siempre, por lo demás, era un buen muchacho y nos llevábamos muy bien. Se llamaba Octavio y le habían puesto ese nombre por ser el octavo hijo de esa familia.

Nos fuimos también de esa Facenda y mucho he recordado siempre lo bueno que para mi había sido esa familia, la señora por nada quería que yo me fuera, pues como decía me tenía mucho cariño y al ser tan compañero del hijo, quería a toda costa que me quedara, cosa que yo hubiera hecho de buena gana, pero mi padre había recibido una carta de un tío mío que había venido de España con nosotros y de la Inmigración lo habían mandado a Cerquera Cesar que era la estación terminal del ferrocarril de Sorocabana. Allí estaba trabajando a las órdenes de un patrón que tenía tropa de carros para transporte del café y mercaderías, de y para la estación. Una población muy importante metida ya casi en la selva, mucho comercio de todas clases, pero en cinco kilómetros a la redonda no había población, así es que todas las compras y ventas se hacían allí por su terminal de ferrocarril. Al patrón de mi tío se le ocurrió poner un salón con tres billares y al preguntarle a mi tío si sabía de alguna persona para ponerla al frente de ese comercio, pensó en mi padre, por eso fue que dejamos la Facenda del Dr. Juan de Rocha.

Convengamos por cierto, que el disgusto que se llevó la señora del administrador al saber que no me quedaba, ni con súplicas ni con aumento de sueldo, me echó una excomúnica que, según ella, no fallaba nunca y era que ya que no me quedaba allá, tampoco pararía en otra parte, pues tendría que andar errante siempre en el transcurso de mi vida. Muchas veces he recordado esas palabras, ya que cuando estaba trabajando en una casa nueva y por cualquier causa tenía que irme pensaba si no sería causa de la maldición de la buena señora. Con todo, siempre la he recordado con cariño.

Termina el trabajo en las Facendas para ir a Cerquera César, al Hotel de un amigo

Ya en Cerquera Cesar mi padre se hizo cargo de su puesto en la sala de billares y a mí me colocó en una tienda como cadete, pero ni el sueldo que era de 40.000 Reis, ni el trato me gustaban, así es que duré 2 meses, no obstante haber tenido un aumento en mi sueldo, decidí irme pues el patrón era muy impulsivo. Hacía pocos días en una discusión con un cliente le había tirado dos balazos que felizmente no dieron en el blanco. Con la mujer tenía escenas bastante desagradables y como yo comía y dormía en la casa, me resultaba muy violento presenciar esas escenas.

Me coloqué en un hotel cerca de la estación de ferrocarril, el mismo dueño tenía ramos generales en el mismo edificio y también se alquilaban caballos para los viajantes, gente que por diferentes negocios salía fuera de la población. Yo tenía a mi cuidado el servir la comida del comedor de los trabajadores, una mesa grande y todos los comensales, que eran por lo regular unos 20 ó 30 se sentaban en su alrededor. Desde luego a mi ese trabajo me resultaba agradable, aparte que ganaba más, era más de acuerdo con mi gusto. Yo me encontraba muy a gusto, gente muy buena, sobre todo los patrones. Tenían dos niños de 6 y 8 años de edad, los que yo acompañaba al circo, única diversión que teníamos de vez en cuando y toreaban toros embotados pues les ponían como una bola de billar en las astas, siendo los de más suerte del toreo motivo de risa, pues no hay tampoco la suerte de la capa. Los toreros lo hacían vestidos

de payasos y tocando unas baterías que el toro se encargaba de embestir con el regocijo del público cuanto y mejor, puesto que los mismos animales los toreaban todos los días y ya sabían de memoria lo que tenían que hacer.

También trabajaba en el hotel un jorobadito que hacía las veces de contador, a quien yo quería mucho y en los ratos que teníamos libres y sobre todo por las noches, me enseñaba a escribir y a leer en brasilero, lo cual me servía de mucho, ya que con el afán de aprender hacíamos progresos rápidos, a tal punto que yo hacía los menús del hotel y le ayudaba a él a sumar las libretas de los clientes, pues la casa fiaba mucho a pagar a fin de mes. También aprendí bastante a andar a caballo, pues como había a discreción, nos dábamos muy buenos paseos. En una ocasión me tocó acompañar a los patrones a inaugurar una capilla que habían levantado por suscripción pública, cerca de una gruta metida en plena selva, donde había necesidad de ir por unas picadas que habían abierto en el monte que parecía un túnel de tan vegetado. Al paso de la caballería se cruzaban con mucha frecuencia, animales salvajes, como tigres, ciervos, monos, papagayos y serpientes que hay en abundancia. Extraordinaria la ida, muy bien, pero el regreso ya era tarde y queríamos parar antes de que oscureciera. Íbamos apurando la marcha pues el caballo que yo montaba se le cortó la cincha, lo que me valió una caída. Como no era cosa de perder tiempo para arreglar la cincha y repuesto no había, me ayudaron a montar en pelo y así tuve que galopar hasta el pueblo. Así llegamos sin mayores inconvenientes, lo único que por ocho días no me pude sentar.

Como ya he dicho Cerquera Cesar era un punto de concentración. Enfrente al hotel donde yo trabajaba había un gran baldío que llamaban plaza, pero que no había ni un arbolito, por entonces estaba el circo y plaza de toros. Invariablemente acampaban los transportadores de café que venían de distintos lugares, transporte que hacían a lomo de mulas, en gruesas bolsas de cuero de vacuno sin curtir. Cada uno conducía dos con un peso de 100 Kgs aproximadamente y cada individuo conducía 6 ó 7 animales. Viajaban en caravanas de 7 a 8 personas y con mucha frecuencia venían con sus mujeres. Tan pronto llegaban, armaban pequeñas carpas donde vivían estilo gitanos. A comer venían al hotel en que yo trabajaba; los animales

los mandaban a potreros que había cerca, pues en la región abundaban mucho los pastos, por el mucho calor y la escasez de lluvias y sucedía que casi siempre tenía que intervenir la policía en los campamentos, pues sus moradores, una vez entregado el café se tomaban un descanso de dos o tres días y en ese ínterin se dedicaban a hacer compras en el pueblo y a emborracharse. Así es que todas las noches se ponían a tocar la guitarra y a divertirse con sus mujeres, ya fuera porque estaban borrachos, por celos de sus hembras, con mucha frecuencia se los veía pelear a cuchillo, para lo cual son muy vaqueanos, pues pasan largos ratos tirándose puñaladas y atajándose, pero al final cuando esto sucedía, siempre quedaba alguno tendido con una o varias puñaladas y al día siguiente, entierro. La policía llegaba siempre tarde, pues que yo sepa, nunca prendían a nadie, si el matador se internaba en el bosque, ni siquiera lo buscaban, tiempo perdido. Por lo demás, para toda la población había cuatro vigilantes y un agente que es el que atendía la comisaría y el que manejaba la autoridad del pueblo, era el tendero donde yo había estado colocado, era algo así como el jefe político. En cuanto a la vestimenta de la policía, el Sargento tenía un traje que había sido blanco en algún tiempo, pero que ya no se sabía de qué color era y los vigilantes vestían pantalón y camiseta, por llamarla algo, pues eran puros agujeros, una cuerda para sujetar los pantalones y sostener un enorme sable curvo, sombrero ordinario de paja y descalzos.

Como se comprenderá, para un desfile dejaban la población que no le daba mucho trabajo, pero el campamento y el hotel en que yo estaba, era raro el día que no se armara alguna trifulca y como decía, nunca llegaban a tiempo. No era difícil que cuando llegaban ya había alguno tirado con una puñalada. El cuchillo es el arma que del más chico al más grande, todos llevan a la cintura y siempre prontos para atacar o defenderse. En esta situación, los que trabajábamos en el hotel también corríamos nuestros riesgos. A un compañero, a causa de una riña de estas lo habían lastimado gravemente y estaba en una pieza del hotel curándose, pues el hospital del pueblo se reducía a una habitación en la comisaría, donde había un botiquín con algunas gasas y un frasco de tintura de yodo. Así es que el que se enfermaba o le pasaba algo, tenía que recurrir a un médico particular, creo que eran tres y si había que operar, a Bota Catú o

Albase, población distante alrededor de 300kms y teníamos tren dos veces por semana y no había que pensar en otro medio de locomoción pues los caminos eran muy malos y solo a lomo de mula o de caballo se podía emprender algún viaje y claro está, eso no era para enfermos graves.

A todo esto, nuestra situación financieramente había mejorado, pero mi padre siempre seguía algo delicado de salud y suspirando por volver a España tan pronto como juntase para el pasaje de regreso. También estaba muy preocupado por mí, pues como habían herido a un compañero de trabajo, temía que a mí pudiera pasarme lo mismo y como en la población no había mucho donde buscar empleo, pensó mandarme a San Pablo. Con tal motivo, escribió a un conocido que tenía un pequeño hotel en esa ciudad, por si mis servicios podrían interesarles, ya que mi padre ya me consideraba competente para desempeñar el puesto de mozo de cualquier hotel. Vanidad paternal, pues ni tenía edad, a la zaga contaba con 13 años, ni competencia en el trabajo, ya que solo hacía 6 meses que trabajaba en el hotel. En cambio, había asimilado bien el idioma, leía bien y ya escribía regular. La contestación del amigo de San Pablo no se hizo esperar, la cual decía que él no precisaba, pero siendo yo una persona tan competente, como mi padre le decía, él podía conseguirme alguna buena colocación, así es que le faltó tiempo a mi padre para decirme que me aprontara que me iba a mandar a San Pablo. Claro está, esa resolución a mi no me hacía ninguna gracia. Yo estaba muy contento y no quería estar lejos de él y San Pablo estaba a 600Kms de distancia. Le comuniqué al patrón las pretensiones de mi padre y trató de convencerlo de que yo en su casa podría hacer carrera, dado el progreso que había hecho en poco tiempo y ante el temor de mi padre por lo que pasaba en el comedor que yo atendía, prometió pasarme al comedor de los pasajeros del hotel, que eran pocos y gente tranquila. Aparte apeló a mi maestro, el jorobadito para que le hablara también a mi padre en el sentido de que si me iba, perdería lo que él me estaba enseñando. Fuera por una cosa o por otra, decidió que me quedara un tiempo más.

Mi situación con el cambio había ganado mucho. Los pasajeros de categoría del hotel, rara vez pasaban de 10 personas, que por lo regular eran viajantes y facendeiros de la región, por lo regular

muy generosos para las propinas y mi trabajo se reducía a servir café a la mañana, almuerzo y cena, arreglo de las mesas que eran dos, pues era costumbre de que todos se sentaran en la misma mesa, limpiar el comedor y lustrar los cuchillos, cosa que hacía después de cada comida. Trabajo que yo hacía con mucho gusto y sin ninguna molestia, se dormía muy bien, el cocinero era japonés y preparaba unos platos de arroz para chuparse los dedos.

En esa forma ya llevaba un año en el hotel y cada vez más contento de mi suerte. Por aquel entonces llegó un pasajero al hotel con un aparato que hablaba y cantaba, cosa que yo no había visto nunca, ni creo que ninguno del pueblo, que luego supe llamaban gramófono, el cual tenía seis pares de gomas que se enchufaban en los oídos y se sentía tocar unos cilindros y que por cada pieza había que pagar unos 1000 Reis. Estas audiciones, por lo regular, se hacían por la noche después de cenar y a tal efecto se había habilitado el pequeño comedor que yo atendía y naturalmente, todo el mundo quería escuchar. Primero fueron los del hotel y luego casi todo el pueblo, ansiosos de ver el aparato y sentir los cilindros. Esto duraba ya cerca de un mes, pero un domingo había venido gente de los alrededores para ver y escuchar la novedad y hacían verdaderas colas para poder entrar y en el pequeño comedor se amontonaba la gente esperando turno. Yo no sé por qué causa se armó una discusión entre varios de los espectadores y el dueño del aparato, lo cierto es que terminó la velada con un desorden mayúsculo, donde se propinaron golpes y hasta salieron a relucir armas. En esa confusión, algunos salieron lastimados por el apresuramiento en salir a la calle, pues como era de noche, lo hacían por un pequeño zaguán que daba a la casa particular de los patrones. También a mí me lastimaron en un pie, que me costó andar vendado unos días. Este episodio y las ganas que tenía mi padre de que me fuera de ese pueblo, donde siempre temía que me fuera a pasar algo, fue excusa suficiente para volver a escribirle al hotelero de San Pablo con el fin de que había decidido de que yo me fuera para allí y en cuanto tuve contestación, tuve que despedirme y tomar el tren para dicha ciudad, a donde me recibió Don Agapito Álvarez, que así se llamaba el dueño del hotel Da Fux, nombre que tomaba de la estación de ferrocarril que estaba enfrente.

Vuele a San Pablo porque el hotel se volvió peligroso para un niño

A los pocos días de estar en San Pablo en el hotel del amigo Agapito, me recomendó a una pensión brasileña cerca de la Universidad. El dueño era Don José Dasilva, empleado del Gobierno y la pensión la atendía la Sra. Tenían un hijo estudiante y una hija como de 12 años, pero aparentaba mucho más y los estudiantes ya le gastaban bromas. La señora era la que atendía la pensión y se ocupaba muy poco de los hijos y del marido, por lo que podía observar, en cambio se ocupaba mucho de los estudiantes, sobre todo de un Sr Miro, un buen mozo como de veinticinco años, estudiante de medicina aventajado al que visitaba con mucha frecuencia en su habitación. Para que no se sospechara de sus asuntos, en cuanto regresaba de las compras con la cocinera, la señora se introducía en una habitación contigua a la del estudiante y daba las órdenes de que nadie la molestara, pues quería descansar un rato, de allí por una puerta que se comunicaba con la habitación del estudiante y reposaba horas en su compañía. En cuanto el patrón iba al empleo, de donde regresaba después de la 1 y los hijos, los dos iban al colegio y regresaban después del mediodía, podía dedicarse impunemente a sus devaneos con el estudiante. Este para justificar su estadía fuera de hora se fingía enfermo. Pero creo que entre los compañeros ya sospechaban algo del motivo de la enfermedad. Casi siempre al hacer la cama del Sr Miró encontraba horquillas. Los primeros días no me llamaba la atención porque tenía el pelo muy rizado y pensaba las usaría al acostarse, pero un día encontré una peineta que yo sabía que era de la patrona y naturalmente se la di a la señora y le dije que la había encontrado en la habitación del Sr Miró, a lo que contestó "este Sr Miró está siempre haciendo bromas". Ya no me cabían dudas y enseguida supuse que se entendían. Un día hablando con la cocinera que estaba al tanto de todo, me dijo "el menor día se entera el patrón y habrá una tragedia". Yo tenía un concepto de la moral muy diferente y me repugnaba ser sabedor de esas cosas y pensaba qué podría pasar si eso se descubría, pues el patrón parecía una persona muy seria y como eso no estaba de acuerdo con mi modo de ser, en cuanto cobré el mes me fui, no sin despedirme del Sr Miró y le dije que el otro día había encontrado una peineta en su cama y se

la había dado a la patrona. Hizo bien, me contestó, la había traído para hacerle una broma y me dijo que el también estaba por irse pronto pues era estudiante libre y esperaba aprobar una materia que le faltaba, pero no fue así y lo veía con mucha frecuencia en el Café Florencia, una especie de colmado andaluz, donde había números de varieté y que era mi última colocación.

Se empezaba a atender al público a las 6 de la tarde hasta las 2 de la madrugada, hora que era obligatorio cerrar. Estaba ubicado en la Rua de la Estación, una de las calles más comerciales de una barriada cerca de la estación La Lux. Eran propietarios un matrimonio italiano, la Sra. florentina, de ahí el nombre del café y el señor era brasilero, de unos 50 años de edad, la señora algo más joven, como de cuarenta años y era la que atendía el café. Mujer enérgica y muy bondadosa y que imponía respeto a propios y extraños, su peso de alrededor de 80 kilos y 1,80 ms de estatura. El Sr era Concejal de San Pablo y con tal motivo atendía poco, a no ser para algunas compras, los pagos de los artistas y algún asunto de escritorio. Mozos, cocineros, peones y demás, todo estaba a cargo de la señora. En el salón había un mozo que hacía las veces de encargado, era una propiedad muy grande pues aparte del salón, que era de 10 x 40mts más o menos, había el escenario, mostradores, cafetería, heladería, un departamento de comedor y dos piezas para los patrones, un comedor grande para el personal, camarines para los artistas, en gran parte con plantas y varias habitaciones para el personal, pero casi todos comían y dormían en la casa.

Una vez cerrado el café, que como he dicho era a las 2 de la mañana, se ponían la sillas arriba de las mesas y se lavaba el salón, mientras el personal de mostradores y cafetería terminaba de limpiar el servicio y poner todo en orden. Esta tarea llevaba por lo regular de 30 a 40 minutos, luego el personal tomaba café con leche o cerveza y se iban a descansar. Al mediodía llamaban para almorzar. La comida era buena y abundante y nos daban en cada comida una botella de cerveza de medio litro para cada uno. A partir de esa hora empezaba a trabajar la heladería y se recibían mercaderías que traían a la casa y era obligación por turno, estar 2 mozos para recibir la mercadería y ayudar a la señora. Los demás podían dormir la siesta hasta las 3, a partir de esa hora la mitad de los mozos,

que eran como 10, se dedicaban a poner orden en el salón, limpiar las mesas y la vajilla, repasar los vasos y tazas, en una palabra, tener todo listo para empezar a atender al público a las 6 de la tarde. A las 5 ½ debía estar todo el personal en sus puestos. El descanso del personal se hacía así alternativamente, todos los días menos domingos que se empezaba a trabajar a las 2 de la tarde. El trabajo de los mozos se hacía dándoles a cada uno una cuantas mesas para servir y los pagos se hacían en la caja, para lo cual llevaban un control de cada mozo. Todo esto no ofrecía dificultades, pues como el público iba a ver los números de varieté, no tenía apuro y era costumbre cobrar enseguida de servirlos.

A mí me habían dado unas cuantas mesas a la entrada del salón, claro está que esto me resultaba muy descansado, pues recién cuando se llenaba el salón empezaba a trabajar yo y siempre no se llenaba. Con todo yo me encontraba muy a gusto, pues el sueldo era de 50.000 Reis y de propina se sacaba más de 150.000 Reis y los gastos, no siendo para vestir, eran muy poco lo que gastaba, pues como ya he dicho, nos daban casa y comida y también nos divertíamos viendo los números de varieté que para mi eran toda una novedad, así iban pasando los meses.

De mi padre había recibido varias cartas, siempre pensaba lo mismo, juntar para poder ir a España, ya era una obsesión en él y no trabajaba tranquilo. Llevaría unos seis meses en mi último empleo y la señora, que ya en varias ocasiones me mandaba a hacer compras particulares de ella, me pidió que la acompañara, cosa que yo hacía con mucho gusto, para presentarme a las casas que nos surtían de productos y decirles que sería yo, desde ese momento, el encargado de hacer las compras por orden de ella. Estas compras consistían en ir al mercado, comprar frutas, fiambres, jamón, queso para hacer sándwich, aves, huevos y un sin fin de cosas que había siempre que comprar.

Si bien el puesto me alegraba por la confianza que esto representaba, por otro lado estaba siempre temiendo de no desempeñar bien mi cometido o que me cobraran de más, pues todas estas compras se hacían al contado; yo llevaba anotado cosa por cosa todo lo que gastaba, pero muy poco acostumbrado a manejar dinero y sobre todo,

yo en esa época era una criatura pues solo contaba 14 años y meses y no estaba muy seguro de desempeñar como yo quería mi nuevo cargo, que por otro lado, ni siquiera era rentado, lo único que me había librado de hacer la limpieza los días que me tocaba.

Así seguí sin mayores inconvenientes y muy pronto me había conquistado la confianza de la patrona que ya me trataba como si fuera de la familia. Estaba todo el día a las órdenes de ella y no permitía que yo me ocupase de nada que no fuera por las noches servir las mesas y para eso me habían dado unas al lado del escenario que eran las mejores. Yo le había cobrado mucho cariño, con mucha frecuencia me decía "venga para aca meu fillino" a lo que yo le contestaba casi siempre "Voy mamá Josefina" que este era su nombre. Todo el personal de la casa eran personas mayores, solo yo era un chico con alma de grande y siempre agradecido del bien que recibía, pues lo consideraba mayor a mis conocimientos. Esta buena señora no tenía hijos y tal vez yo llenase ese pequeño hueco en su corazón, pues como tengo dicho, era una señora muy enérgica, pero toda bondad. Muchas tardes que no tenía nada que hacer me regalaba un par de 1000 Reis y me mandaba a pasear. Naturalmente, a los compañeros que les tocaba guardia y hacían la limpieza no les gustaba mucho y hasta me gastaban bromas. Yo en cambio me envanecía un poco al considerarme preferido por la señora y ya pensaba que de seguir así, tal vez, con el andar del tiempo, podría yo ser el encargado del Café o algo más, quien sabe. Las pretensiones eran buenas y soñar cuesta poco, pero está comprobado que la felicidad dura poco y hete aquí que un buen día se presentó mi padre en San Pablo para decirme que él se iba a España y yo debía embarcarme para Buenos Aires, donde me reclamaba mi tío Joaquín, fuerte comerciante establecido con tiendas en Buenos Aires y a tal efecto, me había mandado el pasaje pago para el vapor Orellana, Compañía del Pacífico. En cuanto a él, embarcaría para España en el primer vapor que saliese de Río con rumbo a Vigo.

Se acaba la felicidad en San Pablo, su padre le dice que tiene que ir a Buenos Aires, con sus tíos ricos, y él volver a España, con el resto de la familia

En el primer momento quise oponerme pues yo me encontraba muy bien, pero las razones que me dio mi padre y el poco conocimiento de la vida que yo tenía, pronto me convenció de que debía ir a Buenos Aires ya que mis tíos eran ricos comerciantes y se interesaban por mi porvenir, pues aparte de mi tío Joaquín estaba mi tío Paco radicado en La Plata y hombre de una sólida fortuna financiera. Todo esto era más o menos verdad, ya que mi tío Joaquín tenía dos tiendas en Buenos Aires y un capital de 50 a 60.000 pesos, que para aquella época no estaba mal.

Mi tío Francisco tendría bastante más del doble, pero tanto él como el otro, nunca habían pensado en repartir nada conmigo, que por otra parte, era lo más natural. Pero tanto mi padre como yo nos habíamos hecho la mar de ilusiones y en mi fantasía, al llegar a Buenos Aires me veía rodeado de todas las comodidades, dando órdenes en los comercios de mis tíos y paseando en coche. Así que con todas esas perspectivas, me dije, a preparar el viaje, que debía embarcar tan pronto como llegara a Santos el vapor Orellana, que es para el que tenía pasaje.

Con tal motivo, se presentó mi padre a comunicarles a mis patrones que tenía resuelto que yo me embarcase para Buenos Aires y a recoger unos ahorros que la señora de la casa, Doña Josefina, me tenía guardados. En cuanto al dinero no hubo ningún inconveniente, pero en cuanto a mí, la buena señora se esforzaba en convencer a mi padre de que no debía irme pues estaba muy bien y que al lado de ella mi porvenir estaba asegurado y mi padre me iba a perjudicar sacándome de allí. Hasta le ofreció darle una cantidad de dinero para que el llevara para España y que yo con mi trabajo, iría pagando, pero todo fue inútil, mi suerte estaba echada. A los pocos días mi padre se embarcaba para España y yo debía hacerlo tan pronto como llegara el vapor a Santos, que se esperaba para dentro de unos 15 días. Una vez que se fue mi padre, mi patrona me pidió mi pasaje con el pretexto de arreglarme el pasaporte, pero el objeto principal era convencerme

de que me quedara y todos los días me hablaba de lo mismo. Yo ya no hacía mucha fuerza por quedarme pues como dije antes, me imaginaba estar en mucha mejor posición, pues aunque me sentía muy halagado y cómodo, no pasaba de ser un simple empleado, mientras que en Buenos Aires sería el sobrino de unos tíos ricos.

Se acercaba la fecha de embarcar y mis documentos estaban sin arreglar y tuve que reclamarlos a la señora que era quien se había hecho cargo de ellos, pero la señora se había hecho el propósito de que no me fuera y me amenazó con romper el pasaje y los documentos, pero no me los entregaba. Claro, estas cosas me estaban intranquilizando y un buen día tuve que informar al patrón de lo que pasaba y trató de convencer a la patrona de que entregara mis cosas y me dejara ir, puesto que retenerme contra mi voluntad no era posible. No fue cosa fácil convencerla pues tuve que recurrir al amigo de mi padre que tenía hotel, Don Agapito Álvarez para que le pidiese también que me entregara el pasaje y mis documentos y me dejara marchar. Así fue que por fin se decidió a entregarme mis cosas y los últimos días que pasé en San Pablo, los pasé algo amargado, por estos acontecimientos y nuestra buena amistad con la señora se había enfriado algo en los últimos días. Con todo, el día de la partida me acompañó a la estación, me hizo algunos regalos y nos despedimos con un abrazo, sin poder contener el llanto que a ambos nos embargaba y así fue como me despedí de la persona que tantas atenciones me había dispensado y que yo estaré eternamente agradecido.

Después de mi llegada a Buenos Aires y en el transcurso de mi vida, cuantas veces he lamentado el haber dejado a tan buenos patrones y amigos, pero parece que el destino nos traza rumbos que fatalmente hemos de seguir, unas veces para bien y otras para mal, jugando así con nuestras vidas.

Comienza a la dura vida en Argentina, con recuerdos de su reciente pasado en Brasil y el devenir de la vida

Mi viaje de Santos a Buenos Aires fue sin ningún inconveniente digno de mención, todo se desarrolló cómodamente y así llegamos en un día viernes del mes de Junio de 1902, al anochecer y no sé por qué causa no nos permitieron desembarcar hasta la mañana siguiente. Parece que mis tíos habían estado esperando que yo desembarcase el día de la llegada y al día siguiente no se ocuparon de ir al puerto, por lo que me encontré solo.

Como en el membrete de las cartas había varias direcciones, tomé un coche de plaza y le dije al cochero que me llevara a donde quedara más cerca y me llevó a una de las sucursales de mi tío Joaquín, en la calle Defensa al 800, pues tenía otra en la calle Patricios esquina Alegría y la tienda principal estaba en la calle Independencia 1784, casi esquina Entre Ríos. Llegué a la tienda y tampoco me esperaban allí, todo lo cual me contrarió bastante. Más tarde vino mi tío y padrino Pedro y me llevó a la otra sucursal de Patricios y Alegría, para después ir a la casa de mi tío Joaquín para conocer a él y a su familia, que eran mi tía Amalia, mis primos Pepe, Isabel, Amalia y Joaquín. Almorzamos en familia y a la noche ya fui con mi tío Pedro a la sucursal de la cual él era encargado. Al día siguiente también almorzamos con la familia de mi tío Joaquín y por la tarde me llevaron a ver una función del Circo Anselmi, pues estaba en la calle Pozos y Europa, hoy Carlos Calvo. También en la calle Pozos al 900 vivía la familia de mi tío Joaquín. La función del circo me gustó bastante, había números muy buenos y estaba en esa época el famoso Pepino 88, un payaso muy famoso de aquellos tiempos. También representaron alguna comedia gauchesca; ese día representaban Pastor Luna.

Hasta aquí la cosa no estaba tan mal, solo esperaba hacerme cargo de mi puesto, que yo pensaba que podría ser de cajero, administrador o algo parecido, pero la desilusión fue grande como se verá más adelante. El comercio de tienda adonde me había destinado mi tío, se componía de solo una habitación que daba a la calle y que a la sazón ocupaba mi tío Pedro y una piecita arriba de la cocina adonde

dormían dos muchachos que trabajaban en la casa como dependiente y medio dependiente respectivamente y yo que desde ese momento iba a ocupar el lugar de cadete y peón de limpieza. En cuanto a dormir lo hacía encima de un mostrador, en una cama que se improvisaba con colchas y de almohada una pieza de género y como la entrada debía hacerse por el salón pues no tenía otra, los días que mi buen tío salía de noche, que eran muchos, tenía que esperarlo despierto, en muchos casos hasta después de las 12hs que terminaban los espectáculos públicos. Para comer me habían tomado pensión en casa de una familia vecina, donde comía solo y bastante mal.

Todas estas cosas, como se comprende, me tenían con un estado de ánimo que me costaba mucho disimular. Con mi tío apenas si hablaba y mis compañeros si me hacían hablar era para tomarme para la farra, me gastaban muchas bromas a causa de mi acento brasilero, que por más que quería, siempre mezclaba algunas palabras. Me encontraba en una situación bastante molesta como es de imaginar, yo nunca hubiera pensado que tendría que venir a Buenos Aires para pasarla tan mal. Así habré estado 15 días y como esto no podía seguir así por mucho tiempo, pronto se precipitaron los acontecimientos y fue que una noche que mi tío había salido al regresar se cansó de llamar a la puerta y como nadie contestaba y suponiendo que yo me había dormido, lo cual era cierto, tuvo que ir a dormir al hotel. Al día siguiente me dio un buen sermón y unos coscorrones por haberme dormido y ya no aguanté más y me fui a casa de mi tío Joaquín, molesto por el mal trato que me daba mi tío y padrino Pedro. Trató de que volviera pues en las demás casas no hacía falta y que el hablaría con mi tío Pedro y en cuanto a dormir en la tienda, iba a ordenar que lo hiciera el medio dependiente. Todo fue inútil, yo no quería hablar con mi tío Pedro en ninguna forma y de miedo que me quisiera hacer quedar, no fui ni a buscar mis cosas. Me mandó a la tienda central para hacer más o menos lo mismo, barrer la tienda, limpiar vidrios, hacer mandados, vender carreteles de hilo, etc. Dormir se hacía igual sobre el mostrador y comer se comía con la familia de mi tío Joaquín. Por las noches íbamos con mis primos al Teatro de Mayo o Comedia, unas veces con mi primo Pepe que tenía 2 años más que yo y otras veces con el dependiente Avelino Seco San Martín, el que con el pasar de los años habíamos de conservar buena amistad con él y su familia. Yo iba siempre y mi primo y el dependiente Seco San Martín

se turnaban y esto pasaba porque como yo era el más chico y en la tienda se notaba poco mi falta, me mandaban a procurarme las entradas. Tan pronto como terminaba la 1ra. Sección de la noche y eran una contraseñas de paraíso que invariablemente se pagaban $ 0,20 y con ellas se podían ver dos funciones de las tres que se representaban cada noche. Así es que tan pronto como cerraban la tienda que era a las 9 de la noche, nos reuníamos en la puerta del Teatro Mayo o Comedia, que por aquella época estaba la Cía. de Joaquín Montero en el Mayo y en la Comedia, Palmada. Representaban obras de género chico, o sea zarzuelas. Alternaban en el cartel por aquel entonces "El guitarrico", "El cabo primero", "La alegría de la Luce", "El baturrico". Trabajaban como primeras figuras en el teatro Mayo "La Montilla", "Montero", "Loyola", "Ferrer" y la hoy célebre Lola Membrives, que hacía algunos papeles secundarios. También venían muchas noches otros dependientes de tiendas, amigos de mi primo y hacíamos partidas de 7 y ½ que muchas veces duraban hasta el amanecer y con eso yo me había olvidado algo de mis disgustos.

También venía por la tienda un muchachito de mi edad llamado Severino Lafuente, recién venido de España, que trabajaba en otra tienda de cadete. Al dueño que según decían era un clavo, lo llamaban remache. Al principio, por reírse de nosotros, nos querían hacer pelear y nos gastaban bromas cada vez que iba a la tienda de mi tío y hasta creo que nos peleamos alguna vez, pero al final nos hicimos buenos amigos, amistad que cultivamos a través de tantos años. El siguió en el ramo de tienda, trabajó también a las órdenes de mi tío y poco antes de la 1ra. Guerra Mundial, se hizo cargo de la tienda como dueño, que por ese entonces tenía mi tío Joaquín en la calle Independencia 3702 esquina Colombres en Buenos Aires y por cierto que le fue bastante bien, pues al no venir géneros de Europa, los que tenían se le valorizaron mucho y hasta pudieron vender géneros que ya habían pasado de moda hace muchos años.

Volviendo al asunto de la tienda de mi tío, que como he dicho salíamos mucho para ir al teatro y claro está regresábamos después de las 12 de la noche y para no golpear mucho, para que no se enteraran los vecinos, pues podían comunicárselo a mi tío, habíamos ideado un sistema que nos daba excelentes resultados y consistía en que el que quedaba de guardia, se ataba un cordón en la pierna y lo

llevaba, de la cama que era el mostrador hasta la puerta de calle. Así con un pequeño tirón, aunque estuviese durmiendo era suficiente para que se levantase y abriera la puerta. Así llevábamos unos 2 meses y yo le iba tomando gusto a esta nueva vida, pero estaba de Dios que no había de durar mucho y así fue que una noche que mi tío pasaba por la vereda del negocio, le llamó la atención el cordón que colgaba de un costado de la puerta y se le ocurrió tirar por él. No bien lo hizo sintió gritar "ya va, ya va" y seguía tirando sin darle tiempo a desatarse y así se enteró de nuestras salidas. Ese día el que tenía atada la pierna era el dependiente, el amigo Seco San Martín. Mi primo y yo, ajenos a lo que pasaba, nos encontramos al regreso con mi tío que nos esperaba. Nos echó un buen sermón y prohibición absoluta para salir de noche, pues el único día de salida eran los domingos después del mediodía. Hasta esa hora se atendía al público y era por turnos cada 15 días. A partir de esa fecha para mí las cosas se pusieron feas, pues ya fuera por las escapadas de noche o porque yo había sorprendido ciertos enredos de mi tío, comerciales y de otra índole y posiblemente pensaría que podría yo, dada mi corta edad, no guardar el secreto, lo cierto es que me mandó a trabajar en casa de un conocido de él que tenía tienda, por aquel entonces en la calle Cangallo y Junín, Un señor Pietro, español, muy rígido para todo y sobre todo para tratarme a mí, que lo hacía estilo militar. A lo mejor esa era la mejor forma de enseñarme, pues yo era un verdadero recluta, pero sucedía que me enseñaba a barrer la tienda, limpiar los cristales, hacer mandados, etc., en una palabra, peón de limpieza. Como verán, en Buenos Aires mis progresos eran muy lentos. Se comía en la casa y se dormía arriba del mostrador. Había un dependiente que comía en la casa, pero dormía afuera. La señora parecía muy buena persona, apenas si la llegué a conocer pues nos veíamos a la hora de comer. Terminando la cena, tenía que prepararme mi cama arriba del mostrador y acostarme. Los patrones salían muchas noches, la cocinera una señora de edad y pariente de la señora, no le interesaba charlar conmigo y no bien terminados sus quehaceres, se iba a descansar, así es que la mitad del tiempo lo pasaba solo. Cada 15 días me dejaban salir medio día, con obligación de estar antes de las 7hs de regreso. En estas ocasiones aprovechaba para ir a visitar la familia de mi tío Joaquín y para quejarme, pues no era eso lo que yo esperaba al venir a Buenos Aires. Me decía invariablemente que tratara de aprender, que

las cosas tendrían que cambiar, pero yo cada día que pasaba estaba más molesto con mi empleo, que por otro lado, no sabía cuánto ganaba, ni lo llegué a saber nunca. Los días que me tocaba salida, me daban un peso para gastos. Pasado el primer mes, que a mí me pareció un año, me animé a preguntarle al patrón cuánto ganaba, a lo que me contestó que tenía que hablar con mi tío al respecto y pasó otro mes y tampoco me pagaban nada.

Siente desesperanza por el maltrato de sus tíos, quiere dejar todo y volver a Brasil, se sube a un barco de pasajeros en el puerto

Como esto de no cobrar y el malestar que yo sentía por estar haciendo un trabajo que no me gustaba y no veía ningún porvenir, me creó un estado de ánimo tal que solo esperaba poder tener algún dinero y regresar al Brasil, de donde nunca debía haber salido. Claro que esto se ponía muy difícil pues como sueldo no me pagaban y mi capital es esa fecha no alcanzaba a 5 pesos provenientes de alguna propina que me daban al entregar algún paquete o de algo que me sobraba del peso que me daban cada 15 días, no sabía cómo hacer y cada día que pasaba me hallaba más molesto.

Y fue así que se me presentó una solución inesperada, pues un domingo que me tocaba franco me fui hasta el puerto a ver los vapores, cosa que hacía casi siempre y observé que estaban entrando los pasajeros de un vapor francés que debía salir esa misma tarde. Al parecer no había mayor control y entré como para visitarlo y luego pensé que podría marcharme también y así fue, con los pocos pesos que tenía me compré una silla y dos docenas de naranjas y ya me consideraba pasajero y con derecho a ir sentado y comido. Salimos del puerto hacia las 6 de la tarde y al rato de navegar paró el vapor por falta de agua en el canal y así nos pasamos 4 días. Habían empezado a revisar a los pasajeros enseguida de salir el vapor. Pude pasar sin ser visto aprovechando un descuido del revisador. Al siguiente día revisaban a la hora de la comida. Yo al ver eso me iba al camarote hasta que terminaba la revisación y luego comía como

podía, algo de las sobras. Un día que también había llegado tarde, se interesó por mi un señor brasilero que con la familia iba para Río y como me preguntara porqué no comía a la hora como los demás y no sabiendo qué contestarle, le dije que estaba algo indispuesto y por eso estaba en el camarote y que por otra parte, como no tenía compañero me resultaba difícil ir a buscar la comida, pues ésta en el pasaje de 3ra. se da por grupos de 10 personas. El hombre creyendo hacerme un favor trató de hablar con el mayordomo para pedir que me agregase al grupo de sus familiares. Así fue que este señor me buscó para presentarme al mayordomo que no bien me vio me pidió que le mostrara el pasaje. Traté de buscarlo en todos los bolsillos, pero no aparecía ni podía aparecer pues no lo tenía. No obstante dije, puede ser que lo tenga en el camarote y quedamos que lo buscaría más tarde. Mientras tanto, me llevó a la cocina para que me dieran de comer, luego me dediqué a buscar mi pasaje, pero no aparecía. Entonces me dijeron que el camarero que servía la 1ra. Necesitaba un ayudante, si yo quería trabajar podía continuar viaje. Me pareció muy bien y estuve ayudando a servir la mesa 2 días y muy contento, pues me habían dado un camarote para mí solo. Se comía bien y el trabajo no era mucho y ya pensaba haber resuelto mi problema, pero al 5to. día empezó a repuntar el río y ya en condiciones de zarpar el vapor, dio órdenes el comandante de desembarcar los que no tuviesen pasajes. Hablé con el que me permitiese seguir hasta Santos o Río trabajando, pero todo fue inútil y me mandaron a una habitación en cubierta a la espera que llegase una lancha que nos había de conducir de nuevo a Buenos Aires y digo que nos sabía porque, según pude ver cuando me llevaron a una habitación en cubierta, había en ella 7 personas más, sentados en el suelo en fila y recostados en la pared y con una argolla en un tobillo y sujetos en conjunto con una barra de hierro, que luego supe que así llamaban ponerlos en la barra. Así los tenían a los pobres y según me contaron, les daban muy mal de comer y los hacían dormir en esa forma presos, sin colchones, sobre el piso limpio y apenas una mala frazada para taparse. Y por cierto que en esos días hacía mucho frío, era por el mes de Setiembre y justo el día 7, víspera de mi cumpleaños. Al empezar a aclarar el día, junto con mis compañeros de infortunio, que tampoco habían pagado pasaje, nos metieron en una lancha descubierta y hacía un frío que cortaba hasta la respiración.

Ve todo negro, la vida no le sonríe, creía que la mejor solución era eliminarse, siempre hay un alma buena y la fe vuelve

Así llegamos a Buenos Aires y sin más trámites nos desembarcaron en el barrio de La Boca y recuerdo que lo primero que encontramos fue un gran canasto de pan que el panadero había dejado en la vereda mientras servía a un cliente, instancia que aprovecharon mis compañeros para agarrar uno o más panes y salir corriendo para no ser vistos. Los pobres tenían mucha hambre, yo tuve miedo y vergüenza de hacer lo mismo, pero en el transcurso del día, que yo no había comido, ni perspectiva de hacerlo, pues no tenía ni 1 centavo, bien que me acordé del canasto de pan de la mañana. Así me pasé el día vagando por el puerto y sin saber qué rumbo tomar, pues a casa de mi tío, ni a la del Sr Prieto quería volver y hubo momentos que había agarrado tal desesperación que hasta pensé tirarme al río, terminar de una vez, pues hay momentos en la vida en que uno lo ve todo negro y creí que la mejor solución era eliminarme. En estos malos pensamientos estaba yo y caminando por la orilla del río en el puerto, cuando se me acercó un hombre que con un pequeño cajón vendía cigarrillos en el puerto, para preguntarme qué me pasaba, pues hacía rato que me estaba observando y pensó, dada mi actitud, si no estaría por hacer alguna barbaridad. Y fue así que entablamos conversación. El hacía poco que había llegado de España y unos amigos que tenían cigarrería lo habían habilitado con esos paquetes de cigarrillos para que los vendiera y se fuera ganando para vivir, pues no había conseguido trabajo y su situación era bastante apremiante. Así conversando y con el pretexto que tenía que abastecerse de cigarrillos, nos alejamos del puerto. Ya en la calle Alsina al 700 nos despedimos y de sus escasos recursos me dio 10 centavos, que yo no quería aceptar y me dijo que lo viera al día siguiente, que algo me podría ayudar y aquí vendría bien el refrán "de tu que no puedes llevarme a cuestas" y yo no podía pensar en serle gravoso. Yo le había contado una historia con respecto a mi situación y era que al desembarcar una persona se había ido con mi equipaje y todo lo que tenía y por eso me encontraba así y sin conocer a nadie en Bs. As. Y así fue que en la primera panadería que

encontré me compré un pan criollo de dos centavos e hice mi desayuno, comida y cena. Eran las 6 de la tarde y pensaba que con los 8 centavos restantes podía ir pasando otros 3 ó 4 días, un pan criollo por día y parece mentira que con tan poco mis pensamientos fueran más optimistas y empecé a tener fe en el porvenir.

Con todo, mi situación era embarazosa en extremo, qué puesto podría yo desempeñar, yo mismo no lo sabía. En todas partes exigían recomendaciones y cómo las podría dar yo si no las tenía ni podía conseguirlas. Por aquel entonces, casi todas las casas daban a sus empleados casa y comida, pero yo que no tenía ni equipaje ni colchón, cómo me presentaba, qué le decía que pudiera tener éxito en mi gestión.

Todas estas cavilaciones pasaban por mi mente y hubo momentos que ya no encontraba otra solución que volver a lo del Sr Prieto o a lo de mi tío, pero pudo más mi amor propio, pasar necesidades que volver a donde yo consideraba que tan mal me habían tratado. Todo esto sucedía el día 7 de setiembre de 1902. Como decía el asunto de alimento ya lo consideraba casi resuelto, pues me quedaban 8 centavos para varios panes criollos. En cambio el alojamiento se presentaba más difícil. Anduve caminando hasta la hora del teatro y en el teatro Comedia, que en aquel entonces formaba compañía, alguien me regaló una contraseña para la última sección de la noche. Traté de venderla, pues por lo general pagaban 20 centavos, pero no lo conseguí, pero fui a ver la sección para aprovechar la entrada, pero mi pensamiento estaba en otro lado pues no sabía adónde podría dormir y dormir en la intemperie resultaba poco agradable, pues ya hacía bastante frío.

Terminada la función, andaba caminando sin rumbo y por último hablé al portero del teatro Comedia y me acurruqué en un rincón, donde pensaba pasar la noche. Pasó por ahí un bombero y al preguntarme por qué estaba allí, le conté más o menos mi situación y me convidó a ir a su habitación, pues eran dos compañeros de pieza y al otro le tocaba guardia y bastaba que yo me fuera antes de las 6 de la mañana, hora que acostumbraba a ir el otro a descansar. Así fue que pude dormir bajo techo, gracias a un alma caritativa que siempre las hay.

El día 8 de setiembre a las 6 de la mañana ya estaba yo en la casa Rey en la calle Victoria, frente a la plaza leyendo los avisos de la prensa para buscar colocación. Pedidos había algunos pero cómo me presentaba sin ropa y sin recomendaciones. Así buscando y cavilando me llamó la atención un aviso que decía textualmente "Muchacho se necesita para pequeños quehaceres. Se lo viste y se lo educa en cambio de su trabajo. Tratar Rivadavia 7950". Y no busqué más, me pareció que eso era lo que más me podía convenir dado mi situación. Pregunté adonde quedaba Rivadavia pues yo conocía muy poco Bs. As. Y enseguida del mismo almacén Rey me orientaron a donde debía tomar el tranvía a caballo que salía ahí mismo en la Plaza de Mayo y que por 0,25 centavos me llevaría a esa dirección. Pero como mi capital era de 8 centavos, no había que pensar en eso y tuve que emprender la marcha a pié. Por cierto que parecía que no iba a llegar nunca, pues 75 cuadras como desayuno eran muy pesadas, pero había que llegar y llegué, medio desmayado por el cansancio y la debilidad, pero llegué. Y así aprendí que en la vida, cuando se quiere llegar lejos, teniendo fuerza de voluntad, se sufre pero se llega, todo consiste en no acobardarse.

Me presenté a mis futuros patrones solicitando el puesto que ofrecían por la prensa, pero como no tenía ni ropa ni recomendaciones, ni nadie que me presentara, optaron por rechazarme y mucho tuve que hacer para convencerlos, pues al decirles que hacía poco que había llegado de Brasil y que mi equipaje me lo había llevado un changador, a quien yo había entregado al salir de la Aduana y por eso me encontraba así, no se dejaron convencer fácilmente, pero me hicieron pasar y me dieron de comer unas milanesas frías que sabían a gloria. No bien hube terminado me querían llevar a la comisaría para denunciar el robo de mi equipaje y les manifesté que ya lo había hecho yo en una comisaría del centro. Ante el temor que mis tíos me buscasen por la policía, había cambiado mi nombre y me hacía llamar Juan Fernández y la treta dio resultado, no pudieron encontrarme. Por fin se decidieron a que me quedase a prueba por unos días y con la amenaza de entregarme a la policía a la menor falta de mi parte. Así empecé a trabajar en la casa del Sr Juan Lozano y a fin del primer mes, en vista de que yo no tenía más que lo puesto, me fijaron un sueldo de $10 por mes y

con eso iba haciendo frente a mis necesidades. Empecé por hacerme un colchón con viruta y dos bolsas de las que emplean para el azúcar, que me resultaba bastante confortable. La almohada era del mismo material, de frazada me habían prestado un capote de soldado y había que ver lo confortable que resultaba todo esto, pues en cuanto me acostaba ya estaba dormido y hasta el día siguiente que sonaba el despertador a las 5hs., hora en que había que levantarse para bombear agua, lavar los patios que eran bastante grandes y regar la quinta, para luego preparar el desayuno y limpiar la casa. Esta tarea duraba hasta las 10hs, hora que iba a la cocina a ayudar y a aprender a cocinar, trabajo que hacía la patrona, pero que muy pronto hube de hacer yo, pues esta señora era una maestra colosal, así que al poco tiempo de estar en la casa, ya tenía a mi cargo todas las tareas de la casa y a más había que limpiar la cochera, el caballo y lavar el Blex de vez en cuando.

Luego de perder todo, 6 meses después se empieza a recuperar y a tener sus humildes propiedades

Así estuve 6 meses, el trabajo era mucho, pero el sueldo seguía siendo el mismo, $ 10 con lo que me había iniciado y con eso iba comprando lo más imprescindible. Ya tenía mi buen baúl, hecho de madera de cajones y forrado de latas de kerosén, que yo mismo hacía a ratos perdidos. El Blex y caballo lo habían comprado a los 2 meses de estar yo en la casa y como tanto trabajo no era posible que yo lo hiciese, pues la señora perdía mucho tiempo en cuidar a un hijo que tenía inválido, poco más de mi edad, al que había necesidad de vestirlo y ayudarlo en sus necesidades, trajeron un muchachito de 11 años para que me ayudara y claro ayudaba, pero lo que más ayuda a era a comer y la comida que para uno iba pasando, para dos resultaba escasa. Se comía siempre lo que sobraba de la mesa y como yo tenía que servir el comedor que quedaba bastante lejos de la cocina, me encontré en más de una ocasión, que cuando volvía ya él se había comido lo que nos habían dejado para los dos. El pan, nos daban una feta cortada, tan poco que yo lo juntaba siempre de 2 días para comerlo todo junto. Así es que él, como yo éramos capaces de comer

el doble de lo que nos daban y todo era medido y contado y todo encerrado con llave en la despensa. A la mañana como se hacía puchero, siempre yo ponía alguna papa más a la olla, pues era lo único que había en la cocina y trataba de comerla no bien estaban cocidas. Por la noche era más difícil, pero yo trataba de ir comiendo algo de los guisos que se hacían a medida que iban estando cocidos. La sentí quejarse algunas veces a la señora y decía que cuando ella hacía esos platos, la fuente se llenaba más. Era la mujer más económica que he conocido, todo se aprovechaba y se aprovechaba bien. Mucho he tenido que sufrir porque yo me estaba acostumbrando a esa miseria o economía, pero con el andar del tiempo, mucho me he acordado de esta señora y en muchas ocasiones la he citado en mi casa como ejemplo y siempre me ha gustado sacar provecho de todo. Estoy convencido que la base de mi éxito mucho se debe a este período de mi vida, que sin ganar nada, naturalmente me ha servido de guía para el futuro, pues me enseñaron a ahorrar y a trabajar.

Como decía, mi compañero ayudaba más a comer que a trabajar y pronto lo reemplazaron por una señora con un hijo como de 8 años, la que se encargó de la cocina y otros trabajos. Naturalmente mi trabajo se vio algo aliviado y con tal motivo me comunicaron los patrones que en vista que esa señora iba a hacer casi todo el trabajo, yo podía seguir lo mismo, pero el sueldo sería de $ 5 en vez de 10, pues yo ya tenía de todo. La sorpresa fue grande y aunque nada les dije, al día siguiente le pregunté al almacenero adonde yo iba a comprar si sabía de alguien que precisara de mis servicios, pues me iba a retirar de lo de Lozano. Me preguntó cuánto me pagaban y le dije $ 25. Yo le pago $ 30 y venga mañana mismo. Y así que a la mañana siguiente fui a trabajar al almacén.

Al decirles que me iba no les pareció ni mal ni bien, me dejaron ir, pues creían de buena fe que la señora y el chico podrían hacer fácilmente lo que hacía yo. Pronto tuvieron que convencerse de lo contrario, pues antes de 1 mes ya querían que volviera y pagándome igual que me pagaba el almacenero. No volví más, puse por excusa que mi tío, que por entonces había ido a buscarme, quería que siguiera en el comercio, pues a pesar de que no lo había pasado muy bien, les tenía cierto cariño y seguí cultivando buena amistad con ellos y al

fallecer el Sr Lozano he servido de consejero de la señora en varias ocasiones.

El trabajo del almacén me gustaba más, pues estaba más de acuerdo con mi temperamento. Por aquel entonces la población era poco compacta y con mucha frecuencia había que llevar canastos de mercadería a 6 ó 7 cuadras de distancia, atravesando potreros. También servíamos a algunos hornos de ladrillos que estaban en la calle Avellaneda. Lo cierto que resultaba pesado pues el peso de la canasta casi siempre era superior a los 30 kgs y como éramos el patrón y yo solos, teníamos que hacer todo y para descansar él hacía la comida y yo lavaba los platos.

Por aquel entonces en el barrio que estaba el almacén estaban cometiendo muchos robos y estábamos algo preocupados pues temíamos que pudieran robarnos a nosotros también, pues estábamos bastante aislados. De un lado había una casa particular que estaba edificada solo el frente y lindaba con un gran terreno baldío y por el otro una herrería y arreglo de carros con un mal portón de madera y el patio se comunicaba con el almacén, así es que la casa ofrecía poca seguridad. El negocio se componía de saloncito a la calle, una trastienda despacho de bebidas, una habitación contigua, que era donde dormíamos el patrón y yo, una cocinita de madera en una galería, por donde tenía que entrar también la familia de los herreros, el WC estaba al fondo del terreno unos 60 mts. Todo lo que se vendía durante la semana se guardaba en la habitación hasta el domingo que venía el cuñado del patrón y se llevaba el dinero pues tenía otro almacén en la calle Boyacá esquina Gaona y hasta allí tenía yo que ir con mucha frecuencia a traer algunas mercaderías que nos hacían falta.

El susto del supuesto robo en el almacén y las risas por el mal rato que pasaron

Como decía, estábamos con miedo que nos robaran, así es que nos acostábamos siempre preocupados y procurando de poner trancas en

todas las puertas. Un buen día nos rompieron el vidrio de la parte alta de la vidriera y nos dimos a pensar, si lo habrían hecho los ladrones para asaltarnos esa noche. Como en ese día no se pudo reponer, cerramos lo mejor que pudimos y nos acostamos a la expectativa pues presentíamos que algo iba a suceder. El patrón había dejado el revólver bajo la almohada a la espera de los acontecimientos. Yo no tenía mayormente miedo, pero tampoco estaba muy tranquilo y fue así que a eso de las 2 de la mañana, me despertó el patrón para decirme que había ladrones en el negocio y que hacía rato venía sintiendo ruidos en la vidriera de la calle y le parecía que ya habían entrado pues también había sentido ruidos en el mostrador de comestibles. Nos pusimos a escuchar los dos y también yo sentía ruidos extraños y ya no había dudas, andaban ladrones en el negocio. Nos vestimos lo más rápido posible y nos dimos a la tarea de hacer ruidos para ver si los ladrones abandonaban el local, pero en vista de que eso no daba resultado y los ruidos seguían lo mismo, nos armamos de coraje y salimos a la trastienda, yo con el revólver que me había dado el patrón y el con un garrote en una mano y una vela en la otra para poder ver. Abrimos rápidamente la puerta que daba al patio de la herrería para pedir auxilio a los vecinos y escapar si nos veíamos apurados. A todo esto hacíamos los dos el mayor ruido para ver si así se iban los ladrones, pero no conseguíamos nada. Parecía que estaban tratando de abrir el cajón del mostrador. El ruido se sentía claro en ese sitio. Nosotros nos alumbrábamos con una vela pero la sala del negocio permanecía completamente a oscuras y la iluminación era a gas y el medidor estaba atrás de la puerta del negocio. Procurábamos de cerrar siempre la llave principal, para evitar escapes y claro, no podíamos pedir permiso a los ladrones para prender el gas. No queríamos entrar en el negocio por miedo a que nos atacaran y no podíamos defendernos. Como yo llevaba el revólver, él me mandaba adelante y él me alumbraba con la vela y se cubría atrás del mostrador de bebidas, por lo que pudimos pasar así. Buscamos un garrote y los ruidos seguían lo que nos hizo pensar que serían varios y no quisimos arriesgarnos a entrar en el negocio y salimos al patio de la herrería a pedir auxilio a los vecinos que vivían a los fondos de la casa. Enseguida vinieron dos hombres, pero ponto se puso en movimiento toda la gente de la casa y se pensó que convenía buscar un vigilante, para lo cual mandaron a un muchachito y uno de los

hombres vino armado con una escopeta y el otro de un trozo de hierro y yo con el revólver y mi patrón con el garrote. Así ya nos parecía que podíamos hacer frente a los ladrones y sin esperar al vigilante entramos en la trastienda del negocio a escuchar si hacían ruido los ladrones, pero no se sentía y pensamos que mientras habíamos ido a pedir auxilio se habían marchado. En eso estábamos preparándonos a mirar en el negocio, cuando sentimos nuevamente ruidos en el mostrador. No había duda, los ladrones estaban, pero ya nos dimos coraje y entramos poco a poco en el negocio. Los ruidos seguían debajo del mostrador, pero ya no teníamos miedo y los invitamos a salir de atrás del mostrador y que no se resistieran que iba a ser peor, pero como no teníamos respuesta a nuestro requerimiento, avanzó el de la escopeta amenazándolos con hacer fuego si no salía el ladrón y aquí vino lo bueno. No había nadie atrás del mostrador, lo que había era una lata grande, donde había una pequeña cantidad de alpiste y se había metido en ella una rata y como el animal no podía salir, golpeaba contra los costados de la lata y eso producía los ruidos que nosotros creíamos que eran ladrones y que tan mala noche nos hizo pasar.

Después de esto tomamos unas copas con los vecinos y nos reíamos a pesar del mal rato que nos habían hecho pasar. En eso estábamos cuando llegó el muchacho con el vigilante. Al día siguiente lo sabía todo el barrio y así fueron las tomadas de pelo.

Estuve en el almacén unos cuantos meses y me enfermé y como en el almacén no había quien me atendiese, me interné en el Hospital Álvarez en el barrio de Flores, donde estuve 15 días. Regresé al almacén y enseguida me puse a trabajar, pero el reparto que antes hacía con relativa facilidad, me costaba mucho trabajo. Había quedado algo débil de mi enfermedad y me fatigaba mucho. El patrón no se daba cuenta de mi estado y seguía cargándome más de lo que yo podía resistir y así fue que un día después de terminado el reparto me mandó llevar una bolsa de sal de 50 kgs hasta otro almacén que quedaba más de 20 cuadras de distancia. Salí con ella del almacén y había caminado 2 cuadras y ya estaba cansado y comprendí que no iba a llegar a destino con ella y la dejé en una puerta y fui a avisar al patrón que la fuera a buscar pues yo no podía llevarla. Como eso no le pareció bien, le dije que me arreglara mis cuentas y me fui.

Estuve unos días en casa de mi tío Joaquín descansando y luego me coloqué en un almacén cerca de la tienda Independencia de mi tío, propiedad del Sr Luis Guachino, gente muy buena y tenía cierta amistad con mi tío. Era almacén, cancha de bochas y despacho de bebidas. Comíamos en familia, la Sra. Doña Magdalena y dos niños de 2 y 3 años y el suegro, un señor de bastante edad, pero que a las 5 de la mañana venía a despertarme para abrir el despacho de bebidas. Toda gente muy buena y el trabajo mucho más liviano que en el otro almacén. El sueldo $ 35 por mes. Se hablaba mucho el italiano y sobretodo el viejito, que se había empeñado que yo aprendiera su idioma, cosa que yo hacía con gusto y palabra que aprendía la repetía siempre para no olvidarme y fue así que antes de 3 meses yo conversaba italiano con ellos y con algunos clientes, pues sentía verdadero placer en hacerlo.

Como tampoco ahí había porvenir, busqué trabajo en un restaurante y despacho de bebidas en la calle Moreno al 700. El sueldo era de $ 40, pero había algunas propinas. El trabajo era agotador, se abría el negocio a las 4 de la mañana y se trabajaba en el despacho de bebidas hasta las 10, luego había que preparar las mesas para el almuerzo y seguir trabajando hasta la 1 o las 2 de la tarde que había clientes en el restaurante, después almorzábamos y dormíamos hasta las 5, para seguir después hasta las 11 y nos acostábamos a dormir, lo que hacíamos en una habitación arriba de la cocina sin más ventilación que una pequeña claraboya. El calor era sofocante y las cucarachas se contaban por miles. Suerte que el cansancio era tan grande, que corrían por la cama y no las sentíamos, pero eso podía aguantar. Cobré el primer mes y me despedí.

Fui al Hotel Larre en Constitución para atender la gambuza con un sueldo de $ 60 y prometieron que me darían plaza de mozo en cuanto hubiera disponible. Así estuve 2 meses, pedí que me dieran una plaza que había quedado vacante en el bar, pero ya estaba comprometida, me prometieron para más adelante, mientras me pagarían $ 70, pero yo quería ganar más y me fui.

A sus 16 años, ya empieza a buscar trabajos “de grande” y se busca la vida en restaurantes y confiterías

Tardé unos cuantos días en encontrar trabajo, sobretodo que yo ya tenía pretensiones de persona mayor, tenía 16 años y era capaz de hacer lo que hiciese otro, pero representaba poco y eso me traía algunos inconvenientes. Una agencia de colocaciones me ofrecía una plaza del mostrador de bebidas de la confitería Figare, propiedad del Sr Sebastián García en la calle Almirante Brown en la Boca, casa que trabajaba mucho sobre todo en bebidas, pues era un gran salón de más de 80 mts, había cinematógrafo y no se cobraba la entrada. El consumo de bebidas era obligatorio. El sueldo que ofrecían era de $ 80 por mes, casa y comida, pero exigían como condición que fuera italiano y hablara el idioma puesto que la clientela era casi toda italiana. Me parecieron buenas las condiciones y me presenté en la confitería. Don Luis Gambandi, hermano del dueño, me sometió a un examen del idioma y ante el resultado favorable, quedé incorporado al personal de la casa y pasé a ser italiano piamontés. Como el idioma italiano me gustaba mucho y entre el personal se hablaba bastante, pronto llegué a hablar bien y todos me llamaban el italianito. Pasado algún tiempo dije que yo era español, pero nadie lo podía creer.

El puesto que yo tenía que desempeñar era de mozo de mostrador, sección bebidas, para atender a los pedidos de los mozos del salón. En las horas de la noche se trabajaba muy fuerte, pues era el mejor salón cinematográfico que había en el barrio de la Boca y los precios que cobraban muy moderados. Con todo el Sr Gambardi estaba haciendo mucho dinero. Ya había comprado la propiedad donde estaba instalada la confitería y tenía varias propiedades más. Era un señor muy activo y tanto él como la familia vivían en los altos de la confitería, en una casa muy cómoda y con mucho confort, vestían a todo lujo. El que estaba siempre al frente de la casa era Don Luis, pues Don Sebastián se ocupaba mucho en comprar y vender propiedades donde al parecer hacían buenos negocios y parece ser que se entusiasmó demasiado en esos negocios. Compró demasiado aprovechando que tenía mucho crédito en los bancos y cuando vino la crisis no

pudo hacer frente a sus compromisos y tuvo que presentarse en quiebra y perdió casi todo.

Cuando yo era copropietario de la casa Tonsa se presentó un día a pedirme que le diera algún seguro pues vivía de eso. Yo traté de ayudarlo, eso me hizo pensar en las vueltas que da la vida. Un señor que yo le creía rico, me venía a pedir a mí, que había sido su dependiente, que lo ayudara con un seguro a ir viviendo.

Como llevo dicho, yo tenía que atender el mostrador de bebidas, pero en las horas del día, como había poco trabajo, pasaba a ayudar a la sección confitería y era tal el afán de aprender que me lo había tomado con mucho cariño y ayudaba a hacer vidrieras, llenar cajas de bombones, preparar bandejas, etc. y francamente, no lo hacía por beneficio de la casa, sino porque me interesaba adquirir conocimientos de ese ramo, para algún día poder ir a trabajar a una confitería de más categoría.

Habían pasado pocos meses, ya me parecía que ese sueldo era poco para mí, pues yo podía desempeñar puestos mejores y dejé la confitería Ligure y conseguí entrar a trabajar en la confitería del Gas, una de las mejores de Buenos Aires. Aquí tropezaba con algunas dificultades, no tenía yo preparación suficiente. Algo había aprendido en la confitería de la Boca, pero me quedaba mucho por aprender. Yo trataba de desempeñarme lo mejor posible, pero con mucho disgusto tuve que convencerme que el puesto me quedaba grande. El encargado de personal así me lo hizo comprender cuando cumplí el primer mes de trabajo y tuve que irme. No me desalenté por eso, un tropezón.

Así seguí adelante, algo más había aprendido y fui a la calle Belgrano y Rioja, confitería Los dos Tigres. Se había puesto en competencia con otra que había en la esquina de enfrente que se llamaba Confitería de los Dos Leones, vieja del barrio y muy acreditada. Mi nuevo patrón hacía todo lo que podía para acreditar su casa y yo lo ayudaba con todo empeño. La clientela no respondía y yo no podía perder tiempo y en cuanto cobré el mes, me fui.

En una agencia de colocaciones tenían un buen puesto en la confitería Los Dos Chinos, para la sección masas, pero temían que no me tomaran pues era demasiado chico, pero ante mi insistencia me mandó me presentara en la casa y me atendió Don Carlos Contaretti, uno de los dueños, persona enérgica pero muy simpática. Me preguntó adonde había trabajado y me dijo: "con estos antecedentes Ud. ha de saber muy poco" y claro está, ya me había rechazado. Felizmente, no fue así, pero reaccionó enseguida y me dijo, a mi no me importa que sepa mucho, sino que haga lo que yo le mando y al otro día ya estaba yo trabajando en Los Dos Chinos y mucho les debo yo a los hermanos Contaretti, pues en esa casa, siguiendo el ejemplo de ellos, trabajadores incansables y verdaderos maestros en el ramo de la confitería, es donde yo he aprendido a trabajar porque hasta que yo fui a su casa trabajaba, pero no sabía trabajar, por eso mi agradecimiento será eterno.

El sueldo era de $ 100.- mensuales, que por aquella época era muy bueno, amén de algunas propinas, todo lo que me hacía estar sumamente contento de mi suerte. Don Carlos Contaretti estaba siempre en el mostrador de masas y bombones y era una luz, pues por cada cliente que yo atendía, el atendía por lo menos dos, yo lo admiraba. De la confitería Los Dos Chinos yo me retiré para ir a España. A mi regreso no había vacante y tuve naturalmente que buscar por otro lado, pues los Sres. Contaretti me han recomendado en la mejor forma para que yo consiguiera trabajo.

Yo los visitaba de vez en cuando y así pasaron muchos años y lo que es la vida, ya casi me había olvidado de tan buenos maestros y amigos, no por ingratitud, sino que en más de 25 años yo me había dedicado a diversos negocios y a veces fuera de la Capital y sin darme cuenta, me había alejado algo de tan buenos amigos y pensé que a ellos les pasaría lo mismo. Pero si hay grandes satisfacciones en la vida, una de ellas fue la que yo experimenté a los pocos días de inaugurar la casa Tonsa. Ante el éxito comercial tenido en aquella ocasión, el Sr Carlos Cantaretti se presentó en la casa Tonsa y en el salón delante de todo el público me abrazó con lágrimas en los ojos y me decía textuales palabras "yo sabía que Ud. tenía que triunfar".

Yo trataba de seguir su ejemplo y pronto hube de ver que tenía cierta preferencia por mi y frecuentemente atendíamos ambos la sección bombones, que era la más fuerte de la casa y reponer cientos de platos que había de distintas clases suponía un trabajo considerable y muchas veces después que se había cerrado la casa y se habían ido las demás personas, quedábamos los dos para dejar bien en orden esa sección. Esto suponía unas horas más de trabajo, pero yo lo hacía con mucho gusto, pues notaba que aprendía mucho y que aprendía bien y con tanta preparación podía yo estar seguro de mi mismo y aspirar a tener un puesto en la confitería de mayor categoría, que por aquel entonces era La París o El Molino. Mi imaginación y mis deseos de prosperar no me daban descanso. Los patrones también estaban conformes con mi trabajo y lo demuestra que a los 2 meses de estar en la casa, Don Carlos en persona me entregó el sueldo del mes, que era de $ 100.- y me dijo textuales palabras que a mí me llenaron de satisfacción: "Aquí tiene su sueldo y $ 20 más. Es el sueldo más grande que la casa ha pagado en la sección masas a un muchacho que por primera vez vino a trabajar a nuestra casa y lo cobra Ud. que es un mocoso. Siga así que estamos muy conformes con su trabajo". Comparado con los compañeros, todos hombres formados y con muchos años en el oficio, yo era una criatura, contaba 16 años.

Sigue trabajando mucho y aprovecha para dar rienda suelta a su único "vicio" el teatro

Yo seguía trabajando con mucho entusiasmo y la casa me recompensaba con creces, pues en las horas del té, ayudaba a atender el salón de señoras que por aquel entonces trabajaba mucho y eso representaba para mí, otros $ 4 ó 5 más de ganancia. Gastar gastaba poco. Por la pensión pagábamos $ 30 por mes y la habitación que compartía con tres más, pagábamos $ 5 cada uno. La ropa era muy barata y el único vicio que tenía era el de ir al teatro. Al principio era La Zarzuela, luego la comedia, el drama, todo me entusiasmaba. Procuraba buenas localidades para escuchar bien las obras, pues me encantaba recordar los argumentos de las obras y hasta lo que decían

los personajes de memoria. Así fue como tuve la suerte de conocer las compañías María Guerrero de Mendoza, Rogelio Juárez, Sagibarba, que en aquella época estaba en su apogeo en La Tempestad, El anillo de Hierro, Marina, Canción del Náufrago y otras. Todos los días representaban obras nuevas. En extranjero pude ver a Sarah Bernard, Eleonora Duxe y por querer verlo todo fui a una compañía inglesa, pero tuve que irme porque no entendía nada.

Por aquel entonces estaba en el Teatro Politeama, María Barrientos. Fui a verla en Sonámbula que todos decían que estaba muy bien. Yo no sabía darle valor a la opera, para mí la zarzuela era mejor. También por aquel entonces estuvo José Tallari en el Teatro Argentino. Formaba compañía con Josefina Mari, representaban obras trágicas que según los entendidos, era el más alto competidor de Zacone. Vi representados por él, Fedora, Los Espectros y Las Flores de los Hermanos Quinteros. Era un gran artista y lo mismo estaba bien en un género que en otro. Encarnaba tan bien sus personajes que hacía vibrar de emoción. Los Espectros la he visto representada por varios artistas pero ninguno tan magistralmente como Tallari, pues del personaje, joven, bohemio y entusiasta que presenta en la primera escena, hace que el espectador lo vaya acompañando en su enfermedad que se va desarrollando durante los 3 actos progresivamente, hasta llegar a una parálisis casi total, para morir en el último acto, cuya muerte representaba tan bien, con los nervios crispados, retorciéndose, con unos estertores en su agonía que francamente parecía que moría con el personaje. La última vez que lo vi representando esa obra tenía fila de orquesta, al lado del escenario y confieso que quedé tan impresionado, que en varios días no me sentía bien. Supe que murió muy joven representando uno de sus trágicos personajes, siendo Director del Teatro Español de Madrid, puesto que en España solo puede dársele a grandes artistas. Sirvan estas líneas de piadoso recuerdo para quien ponía tanto en su arte, hasta dar su vida.

Como decía antes, mi mayor deseo era aprender y ahora que se me presentaba la ocasión para ello, trabajaba con mucho entusiasmo y las cosas para mí se desarrollaban muy bien. Mis entradas eran superiores a los $ 200.- por mes. En vestirme gastaba bastante, pero con todo ya tenía ahorrado alrededor de $ 2.000.- Le mandé 500

pesetas a mi padre y prometiéndole que el día menos pensado le daría una sorpresa, pues hacía ya un tiempo que me venía preocupando por hacer un viaje a España para ver a mis padres y familiares y la tierra en que había nacido y tan joven había dejado. Por otra parte, mis padres siempre me escribían que deseaban verme y como yo me consideraba casi rico y bien vestido, tomé pasaje de ida y vuelta y allá me fui, tratando de eclipsar a mis paisanos. Tonta vanidad, pero parece que forma parte de la vida.

Vuelve a España, después de 6 años de devenires y aprendizajes, la dicha de su familia y su padre de volver a verlo

Es mucho lo que se disfruta con los recuerdos de la niñez y a medida que el vapor se acercaba a las costas de España, el corazón late con los recuerdos de la niñez y de la patria. Pareciera que uno quisiera volar para poder llegar más pronto al pueblo. Por fin llegamos a Vigo, después de un viaje de 23 días, pero que los pasamos bastante bien. Los pasajeros en su mayoría eran españoles y nos divertíamos mucho, a tal punto que siempre se recuerda con cariño.

En Vigo hicimos unas comilonas los más amigos, luego la despedida y cada uno a su provincia y tomé el tren que había de llevarme a Castilla. Llegué a Benavente a las 9 de la noche y con el deseo de llegar a casa esa misma noche, me fui con otros que iban a pueblos vecinos en un coche particular pagado por todos, por la carretera de Benavente a Puebla de Sonebara. Yo bajé en las Ventas de Calzada, un pueblito chiquito a 2 kms del mío, río por medio. El ventero se preparaba a darme alojamiento, pero yo por estar tan cerca quería ir a mi casa. Por ser tan tarde y llevar una valija bastante pesada, además de un canasto con conservas y golosinas, no podía ir solo. Por otra parte había que pasar el río y no se podía contar con la barca a esa hora. Como era verano, yo sabía que se podía pasar por cierto sitio sin mayores inconvenientes, pero el ventero se negaba a acompañarme y a llevar la valija por más que yo le había ofrecido pagarle bien, pero él quería que yo durmiera esa noche en su casa. A

todo esto yo no me había dado a conocer, le había dicho que era de otro pueblo vecino adonde pensaba seguir viaje al día siguiente, pero que pensaba hacer noche en casa del tío Felipe (mi padre), donde yo había estado otra vez. El tío Felipe era mi padre, pero como el hombre no se decidía a acompañarme, tuve que decirle quien era y como no me esperaban, pensaba yo que no me conocerían, pues había salido yo tan niño de casa y llegar casi un hombre, hasta con un pequeño bigote, quería dormir esa noche en casa y luego darme a conocer al día siguiente.

Enseguida llamó a otro vecino y entre los dos llevaron mi equipaje. Llegamos a Calzadilla cerca de las 12 de la noche en pleno mes de Julio en que la gente se dedica a la recolección del trigo y trilla, en consecuencia, muy cansados y a esa hora dormía todo el mundo. Llamamos en casa de mi padre pero no contestaban. Como seguimos insistiendo pronto alborotamos a los vecinos y vino uno que vivía en una casa vecina y más tarde el Juez del pueblo que también vivía cerca, para enterarse del barullo y como a todo eso mis padres no daban señales de vida, me aconsejaban que volviera al pueblo vecino y pasar allí la noche, pues el señor alcalde dormía, que era mi padre, estaba muy cansado y casi seguro que se negaría a prepararme alojamiento a esas horas de la noche y como yo insistía que yo tenía que dormir allí, me dijo que no iba a permitir que siguiéramos golpeando la puerta, pues íbamos a despertar a todo el pueblo y no estaba dispuesto a consentirlo. Ante el cariz que iban tomando las cosas, no quedaba otro remedio que darme a conocer y pedirles que no dijeran nada, pero que le dijeran a mi padre que era hijo de unos comerciantes de un pueblo vecino. Claro está, desde ese momento, eran todos a llamar a la puerta de mi padre, para que se levantara a abrir. Por fin conseguimos que se levantara y sacando la cabeza por un ventanucho que había en el piso alto preguntaba la razón de tanto barullo. Enseguida mi tío y el Juez le gritaban que bajase a abrir, pues había un señor que quería dormir allí esa noche y mi padre le contestó enseguida "Y por eso me despiertan. Llévalo para tu casa que no voy a estar preparando camas a estas horas. Necesito que me dejen descansar". Dio las buenas noches y cerró la ventana. Pero enseguida empezaron a golpear de nuevo y le dijeron que tenía que abrir, pues la persona de que se trataba no quería dormir en otro lado que no fuera allí. No lo convencieron mucho las razones pero

tuvo que bajar a abrir y no lo hizo tanto por lo que insistían los vecinos, sino que por asuntos del Juzgado, habían pedido al Gobernador de Zamora que les mandase un comisionado y se acordó de repente que podía ser el. Así que al entrar yo me pidió disculpas por haberme hecho esperar tanto. Yo trataba por todos los medios de que los vecinos se fueran y me dejaran solo, pero no lo conseguí. Por otra parte, mi padre los convidó a pasar y que tomasen unas copas. Yo traía algunos dulces y cigarros que también convidé. Así charlando de todo un poco habremos pasado media hora. Mi padre trataba de que yo me encontrara a gusto, pues creía de buena fe que era el Comisionado y mientras seguimos charlando, fue a prepararme la cama. Les volví a recomendar que hasta el día siguiente no dijeran nada. Al poco rato volvía mi padre para decirme que mi habitación estaba lista y que podía ir a descansar cuando quisiera yo. Ya se empezaban a retirar los vecinos y todo hacía suponer que mi plan había dado resultado, pero mi tío Toribio que estaba en el secreto del asunto, empezó por decirle a mi padre que tenía que conocerme, que me fijara bien, que yo había estado otras veces en su casa, pero mi padre decía "pues no caigo, no sé quién puede ser" y ya me disponía yo a ir a mi habitación despidiéndome de los presentes y diciéndole que tal vez al día siguiente haría memoria, pues yo era hijo de una familia de Villa Ciervos y efectivamente yo había estado allí otras veces, pero los vecinos no cejaban y le decían que si se fijaba bien tenía que conocerme. En eso estábamos y mi padre, que desde su habitación se acordó que en mi última carta les decía que les iba a dar una sorpresa y no pensando más, se levantó corriendo diciendo a los demás "Este es mi Manuel, no puede ser otro, me lo dice el corazón, ¿verdad?" me preguntaba a mí y claro ya no pude aguantar más y nos confundimos en un abrazo, llorando de alegría y ya no se fueron los vecinos. Se levantaron mis hermanos y se empezó de nuevo a comer y a beber hasta que salió el sol. Así llegué yo a casa de mis padres luego de 6 años de ausencia.

---------- FIN ----------

Añade detalle de la vida en su pueblo y cómo fue la salida de Calzadilla a sus aventuras en América

Yo, como el mayor de los hijos, cuando se ausentaba mi padre del pueblo, me encargaba de cuidar la hacienda y ayudar a mi madre a cuidar a los hermanos menores que eran cuatro y yo tenía por entonces apenas 9 años y me sentía hombre responsable por la confianza que mi padre depositaba en mi.

En una de estas ausencias de mi padre, me mandó mi madre a un pueblo vecino para llevar al Secretario del pueblo unas cajetillas de tabaco. Cuando volví encontré en casa a unas vecinas que estaban atendiendo a mi madre que se hallaba indispuesta y ya habían mandado llamar al médico que vivía en Pumarejo, un pueblo vecino al nuestro 3 Kms de distancia. Mi madre se quejaba bastante, le habían dado algún té casero pero seguía mal y el médico no llegaba. Por fin llegó cuando era bastante tarde. La revisó, le recetó una bebida, sellos, algo así como Cafiaspirina y un ungüento para que le dieran unas frotaciones y la bebida una cucharada cada 2 horas, prometiendo volver a la mañana siguiente. A mí me dieron las recetas y un pequeño cesto para meter los medicamentos que debía traer de la farmacia, distante 2 leguas largas del pueblo. Así es que monté en mi burrito apurando lo más que podía, llegué cuando ya estaba oscureciendo. Me entregaron los medicamentos que el farmacéutico me ayudó a colocar en el cesto y esto dentro de las alforjas y salí apurando a la burrita, una por llegar pronto y otra por que había que pasar por un bosque, unos 200 mts y yo tenía miedo de pasarlo de noche, por allí encontrarme con algún asaltante o con el lobo. Así es que en cuanto empezaba a pasar el bosque, apuraba a la burrita y cerraba los ojos hasta verme libre. Había pasado muchas veces por ese camino, pero el miedo era siempre más fuerte que yo. Se contaba en el pueblo que en ese lugar habían asaltado y matado a una persona. Cuando ya estaba próximo a llegar, paré para tomar agua y aproveché para ver el cesto que llevaba en las alforjas con los medicamentos y cuál no sería mi sorpresa al ver que el frasco que llevaba la bebida para tomar por cucharadas, se había destapado y volcado casi totalmente su contenido y sin saber qué hacer, me puse

a llorar desesperadamente. Por un lado, mi madre estaba mal, precisaba la medicina, por otro lado, la única forma era volver a la farmacia. Eso suponía pasarse la noche en viaje y volver a cruzar el monte de nuevo y yo tenía tanto miedo. Estuve un rato esperando por si pasaba algún hombre del pueblo y contarle lo que me pasaba. Todo en vano, no pasaba nadie. Volví a mirar el frasco del remedio y vi que en el fondo quedaba un poco y tenía un color bastante fuerte y no lo pensé más, lo llené de agua, lo agité bastante y quedó con un color lechoso, sin gusto a nada, pero muy agradable de tomar y me fui para casa adonde encontré a mi madre al cuidado de una vecina que apresuradamente le dio la primera cucharada del medicamento y las frotaciones. Esa noche no podía dormir pensando en el agua del frasco, pero dándole religiosamente cada dos horas una cucharada, cuando llegó el médico a la mañana siguiente, la encontró muy mejorada y mi madre que decía que nunca había tomado una medicina tan buena y tan agradable.

En uno de mis viajes a España le conté a mi madre lo que había hecho y en casa todos han festejado mi ocurrencia, pero yo había pasado muy mala noche.

Era costumbre y necesidad en esos pueblos de labradores que mujeres y chicos todos trabajaran para poder ir viviendo, ya que todo tiene que producirlo la tierra. Toda ayuda es muy necesaria, unos cuidando la hacienda, que por lo regular la constituye 1 ó 2 yuntas de vacunos 20 ó 30 ovejas, un burrito y 2 ó 3 cerdos de los que se saca la mayor parte de la comida para la familia de toda la casa, como las mantecas para cocinar el tocino, los jamones, los chorizos, los huesos y patas para el cocido de patatas y garbanzos, tan generalizado por esas tierras de Castilla. Los productos de huertos son bastante abundantes como ser las patatas, frijoles, repollo, lechuga, pimientos, tomates, habas, garbanzos, arvejas. También se cosechaba trigo, centeno, cebada. Para los gastos de la casa se crían gallinas y no faltaban huevos ni pollos, pero la falta de dinero era tan grande que muchas veces había que venderlos para tener alguna peseta para los gastos corrientes de la familia y pagar contribuciones, pues con eso y la venta de algún ternerito era con lo único que se podía contar. También cosechábamos uva para vino, lo suficiente para los gastos de la casa y algo para vender, pero era

tan barato que si algún vecino pedía un vaso de agua, se le ofrecía vino ya que el agua había que traerla de la fuente o del caño de riego, que no era menos.

Hasta el año 1896 en casa de mi padre no sobraba nada, pero la pasábamos bastante bien, pues aparte de la labranza vendía algo de vino, bacalao y alguna baratija propias del pueblo y también teníamos la venta de tabaco. Además acopiábamos frutos del país en los meses de cosecha, como ser lino, habas, garbanzos, por cuenta de comerciantes de Benavente. A tal efecto, le entregaban dinero a mi padre, para ir dando señas por los productos que compraba. El saldo lo pagaban los interesados al retirar las mercaderías. A mi padre le daban una comisión por esos trabajos, con eso y la venta de tabaco siempre teníamos alguna peseta disponible. Eso lo sabían los vecinos que en caso de apuro concurrían a mi padre para que les prestase alguna peseta o alguna fanega de trigo, que por lo regular pagaban enseguida que levantaban la cosecha, por lo que les cargaba el 6% anual de interés, pues cobrarles decía que era condenarse y mi padre era muy devoto y muy cristiano y no quería que Dios lo castigase por eso y si eran muy pobres no les cobraba intereses y en muchas ocasiones tampoco les aceptaba que devolviesen el trigo. Los domingos pedía dentro de la Iglesia para las ánimas benditas o para cualquier otro santo, lo que hacía con mucho gusto y gran devoción. Así ha sido Alcalde por más de 10 años y cuando no, el Consejero obligado de los demás gobernantes. Nada se hacía sin consultarlo a él, había la Casa Municipal que también servía de Juzgado, pero les resultaba más cómodo reunirse en casa y así lo hacían, porque después de tratar los asuntos del pueblo, que no eran muchos, quedaba siempre tiempo para comer unos chorizos, unas fetas de jamón y unas rebanadas de pan que remojaban con buen vino que mi padre convidaba con mucho gusto y en esa forma defendían los intereses del pueblo sin mayores gastos, pues los únicos que cobraban eran el Secretario y el Aguacil.

Mi madre no quería que siguiera siendo Alcalde, ya que eso suponía gastos y malquistarse con algún vecino que le hubiesen puesto alguna multa por haber trasgredido alguna disposición del Municipal y mi padre en eso no transigía, decía que si no cumplían con las ordenanzas tenían que pagar la multa y no había apelación posible.

Recuerdo que a mi abuela le encontraron un burrito que tenía pastando en terrenos vedados. El guardián del pueblo lo llevó al Cónsul del Consejo donde se llevaban todos los animales en infracción. Le correspondía una multa de 3 pesetas. El guardián le consultó a mi padre como Alcalde y el que aplicaba las multas le preguntó qué debía hacer en ese caso, a lo que le contestó que cobre las 3 pesetas o no devuelva el burro. Mi abuela vino a casa hecha una furia, pues creía que por ser madre del Alcalde no debía pagar. Pues tuvo que hacerlo para que no le remataran el burro. Mi padre entendía que la ley debe ser igual para todos. Todos no lo entendían así y por eso habían algunos disgustados, pero cuando terminaba el período, lo reelegían de nuevo y aunque no quería, lo convencían que siguiera un período más y así hasta que lo cansaron. Pero después de dejar de ser Alcalde, igualmente tenía que seguir actuando ya que nada se hacía en el pueblo sin consultarlo y claro está, eso también le daba satisfacciones.

Nuestra casa, sin ser la mejor del pueblo, era muy confortable y tenía un prestigio muy bueno y muy bien ganado, pues a mi abuelita materna la querían mucho y la llamaban la madre de los pobres y era muy feliz si podía ayudar a sus vecinas y las de otros pueblos necesitados. También los recorría y había siempre en su mesa un pedazo de pan, un plato de sopa, un pedazo de tocino y techo donde dormir para el que lo necesitase y mi padre compartía con ella esos sentimientos. Pero los años empezaron a venir mal, mucha sequía, muy escasas las cosechas, en los viñedos se había declarado una enfermedad que le llamaban filoxera y en poco tiempo se perdieron todas las plantaciones y fue necesario plantarlas de nuevo con sarmientos americanos que no les atacaba ese mal. Pero había que esperar 4 ó 5 años para empezar a cosechar de nuevo, con los gastos consiguientes y los recursos cada vez menores. Todos iban a pedir confiados en que el año siguiente podrían pagar, pero así siguieron 3 años, uno peor que el otro y mi padre cuando quiso acordar era tarde, pues nadie le podía devolver lo que le había prestado. No podían y cada vez se hacía más difícil la vida. Estaban liquidando la hacienda por falta de pastos, un verdadero desastre. Había quien pasaba hambre. Mi padre quiso tentar otro año más y pidió un préstamo de 2.000 pesetas y con ello se compraba trigo, se mandaba al molino y con la harina se hacían en casa panes de 8 libras que se

les daban a los más necesitados en espera de mayor suerte, pero la situación no mejoraba y los prestamistas querían cobrar. Mi padre que no estaba acostumbrado a deber, tuvo que pedir una espera de 2 años para el pago de las 2.000 pesetas, esperando poder cumplir y mientras tener que pagar intereses altos y los que le debían no pagaban ni los intereses, no porque fueran malos pagadores, sino porque no podían.

Así las cosas, pensó que podíamos vender las fincas que habíamos dado en garantía del préstamo de 2.000 pesetas y junto con 20 vecinos del pueblo, hombres y mujeres, decidieron irnos a trabajar a Brasil. Por esos días había llegado una familia que había trabajado en aquel país y todos suponían que traían mucho dinero ganado en poco tiempo y nos alentaron a irnos diciendo que había mucho trabajo y que los jornales eran buenos, que el Gobierno brasilero pagaba los pasajes a la emigración. Ante esa perspectiva no lo pensamos más, arreglamos los papeles y salimos para Vigo. Nunca del pueblo había salido tanta gente junta, así es que el pueblo en pleno nos daba la despedida, como si fuéramos para el otro mundo y nos acompañaron hasta pasar el río que queda 1Km del pueblo. Era una triste despedida de llantos y abrazos muy difícil de olvidar. Al otro lado del río esperaba también mucha gente, amigos y parientes para despedirnos y desearnos suerte, que mucha falta nos hacía. Y emprendimos la marcha a pie, cargando con nuestro pequeño equipaje hasta la primera estación de ferrocarril llamada "La Bañera", que distaba 8 leguas del pueblo, cosa que pudimos hacer cómodamente en 2 ½ días, parando a descansar y tomando algo en los pueblos que encontrábamos al paso y para dormir, el Alcalde del pueblo donde acampábamos, nos repartía uno o dos en cada casa. Todos con mucho cariño nos daban casa y comida y nos colmaban de atenciones. Mi eterno agradecimiento para tan buena gente y que Dios premie tanta bondad.

En fin, ya teníamos el tren que había de conducirnos a Vigo, no sin antes cambiar de tren en Astorga y Ponferrada y esperar 2 horas para tomar las combinaciones, cosa que resultaba muy molesta para esperar tanto tiempo y tan pocos recursos. Pero como todo llega, también nosotros llegamos a Vigo, un hermoso puerto de mar, el que llegamos a conocer ampliamente. Nos alojamos en una fonda donde teníamos que

pagar por casa y comida 2 pesetas diarias cada uno. Al día siguiente tratamos de averiguar cuándo salía el vapor transportando emigrantes para Brasil, pero nadie sabía nada. Las Cías. que lo habían hecho por cuenta del Gobierno, habían recibido orden de suspender hasta nuevo aviso. Nos entrevistamos con el Cónsul de Brasil en Vigo y nos dijo que el Brasil recibía a todos los emigrantes que quisieran ir, pero que por el momento no pagaban más pasajes, ya que había ido tanta gente que estaban abarrotados los hoteles de emigrantes del gobierno y necesitaban ubicar esa gente antes de recibir más, pero que creían que sería cuestión de 1 mes, mientras nos anotarían en los registros del Consulado y verificarían si la documentación estaba en regla. Fue nuestra primera desilusión, ya que creíamos que embarcábamos enseguida de llegar, pero había que esperar, no había más remedio, pues pagar el pasaje suponía un gasto de 200 pesetas cada uno y el que más tenía no alcanzaba a 50 y algunos ni siquiera a 10. Así es que el capital apenas alcanzaba para 8 días de fonda.

Volver al pueblo es en lo primero que se pensó dada la situación, pero por el amor propio de la mayoría, y de algunos que habían gastado todo lo que tenían, se acordó en esperar que llegara el vapor que por cuenta del Gobierno de Brasil debía conducirnos a ese país y mientras los hombres tratarían de trabajar en lo que se presentase para ganar alguna peseta y hacer más llevadera la situación. Pero era muy difícil conseguirlos, éramos gente de labranza y de paso y claro está, no podíamos desempeñar ningún puesto, ni en la pesca, ni en el comercio y nadie quería perder tiempo en enseñarnos, solamente conseguíamos alguna peseta llevando algún bulto o valija de los pasajeros cuando llegaban los trenes. En la Aduana, en la descarga de vapores, era donde más trabajo conseguían los hombres, pero era muy poco para tanta necesidad. En vista de eso, conversamos con el dueño de la fonda, pues los recursos se iban terminando y como no encontrábamos en que trabajar, le pedimos que nos rebajara la pensión y que las mujeres podían ayudar en la casa, pero el hombre no podía cobrar menos, pero nos recomendó a una señora que tenía una casa vieja, una sala grande desocupada y una habitación bastante grande también. Arreglamos el precio que era de una perra grande por día y por persona o sea 10 céntimos cada uno, así es que el asunto habitacional estaba solucionado mediante el pago de 2 pesetas por día y por adelantado,

eso nos daba derecho a usar la cocina. Tratamos de conseguir algunos platos, útiles de cocina, la mesa nos la facilitó la dueña de casa y 6 sillas. Muchos comían de parados o se turnaban. La cuestión era llenar el estómago y felizmente así lo hacíamos. El plato fuerte era el pescado y por pequeñas ayudas a los pescadores o puesteros nos daban todo el que podíamos comer. Las patatas y las verduras íbamos a las huertas, ayudábamos a trabajar y nos cobraban muy poco o nada. La leña la conseguíamos en unos pinares en las cercanías de la ciudad y no nos costaba nada. Nos quedaba el pan, jabón, aceite y algunas cositas más, pero eso lo podíamos comprar, pues ya las entradas superaban a las salidas. La comida la preparaban las mujeres que nos acompañaban, igual que la limpieza. Tuvimos que conseguir colchones y ropa de cama que extendíamos en el suelo por la noche. Las mujeres en la habitación y los hombres en la sala. De día se amontonaban y servían de asientos y así organizados y sin mayores necesidades económicas, pues nos había salido otra fuente de recursos, que era seguir a pie detrás de los entierros de personas pudientes hasta el cementerio, distante más de 2Kms, con una vela encendida en la mano, por lo que nos daban 2 pesetas a cada uno. Todas las mañanas averiguábamos dónde había entierro de categoría, para saber si nuestros servicios eran necesarios y no perder ninguna ocasión de ganar algo. Así pasamos 30 días y al averiguar en el Consulado de Brasil para cuando era el embarque, nos encontramos con la triste noticia que el Gobierno de aquel país ya no iba a pagar más pasajes, pero los que fueran por su cuenta les darían casa y comida gratis y le buscaban empleos en Río de Janeiro y San Pablo o en la campaña, como mejor les conviniese a los emigrantes.

Claro está que eso nos cayó como una bomba, pues nadie tenía para pagar el pasaje. Entonces acordaron algunos volver para el pueblo y otros comisionaron a tres, entre ellos mi padre para que con la garantía de todos y de cada uno, buscaran el dinero que hiciera falta para los pasajes de 9 hombres y 3 mujeres que quedaban y gracias a Dios, pudimos conseguirlo y embarcar para el Brasil después de 40 días de espera.

Lo hicimos en el vapor Orellana de la Cía. del Pacífico que tardó 29 días en llegar. Las comodidades y la comida dejaban bastante que desear, pero lo único que deseábamos era llegar pronto para ganar

mucho dinero y mandarlo a nuestros familiares que tanta necesidad tenían y pagar las deudas, así estar tranquilos. Teníamos una fe muy grande que así había de ser y como buenos cristianos, rogamos a Dios para que se pudieran cumplir nuestros deseos, sin olvidarnos la ofrenda de cera para el altar mayor y las cintas de seda para nuestra Señora de la O.

Al desembarcar en Río de Janeiro, lo hicimos acompañados de empleados del Gobierno que nos facilitaron todos los trámites y nos alojaron en un hotel bastante confortable y nos trataban muy bien. Estuvimos 3 días dando paseos por la ciudad y encantados de ver tantas maravillas, siempre acompañados por empleados del Gobierno que corrían con los gastos, pues no hemos pagado absolutamente nada. Recuerdo que nos convidaban con café con mucha frecuencia, pero como no teníamos costumbre, lo notábamos amargo, llenábamos la taza de azúcar y lo comíamos por cucharadas. Como cambian los gustos, ahora lo tomo casi amargo.

Al 4to. Día nos mandaron para San Pablo, una hermosa y pujante ciudad, la más importante de Brasil, donde se han concentrado la mayoría de las industrias, el comercio mayorista y el principal mercado del café, el oro negro de Brasil. Nos alojaron en el Hotel de Emigrantes, un edificio nuevo y muchas comodidades, con una oficina de colocaciones que distribuía el personal de acuerdo con los pedidos, que eran muchos, pues a los pocos días de llegar ya habían colocado a todos los que habíamos llegado juntos. Quedaba mi padre y yo, eso porque en uno de los pasillos al ir a buscar la comida, tropecé con otra persona y me volcó sobre el pecho una sopera de caldo hirviendo que me quemó bastante y tuve que estar en la enfermería más de 8 días.

Cuando me dieron de alta, nos mandaron a una facenda a 150Kms de San Pablo. A mi padre para trabajos de campo y yo para ayudar en los trabajos de casa (que me lo pasaba muy bien, buena comida, pan a todas horas, cosa que en el Brasil se acostumbra poco) y acompañar a un chico de mi edad a otras estancias vecinas, para lo que tuve que aprender a montar y al principio, se resistían bastante los potrillos y me sentaba con mucha dificultad, pero a todo se acostumbra uno y pronto llegué a ser un buen jinete. Yo me sentía

muy contento y trataba de portarme lo mejor que podía y los patrones estaban contentos y con el niño de la casa me llevaba muy bien. No le pasaba lo mismo a mi padre que no le gustaban las comidas, muy diferentes a las que estaba acostumbrado y no gozaba de buena salud y me tenía bastante preocupado. Le comuniqué a los patrones lo que pasaba, lo hicieron ver por un médico que lo encontró muy débil, tenía que alimentarse mejor, pero no era fácil porque el rancho servía a todos los peones por igual. Los patrones que tenían miedo que nos fuéramos, le dieron trabajo en las huertas cerca de la casa, comía en la cocina y yo le guardaba pan y algunas comidas que sobraban de los patrones, así estuvimos 6 meses.

Le pagaban a mi padre 60.000 Reis por mes y a mi 30. Al principio nos pareció una barbaridad ya que creíamos que eran como los mil reales de España, pero sufrimos una gran desilusión cuando al segundo mes fuimos a Boto Catú, la ciudad que teníamos más cerca para girar algo a España y comprar algunas ropas que necesitábamos. Los 180.000 Reis no alcanzaban para lo más necesario y entonces comprendimos que con lo que ganábamos era muy difícil pagar las deudas y mi padre empezó a pensar cómo haríamos para ganar más y trabajar independientemente, donde pudiera comer a su gusto. En la cosecha del café se trabajaba a destajo y con un poco de sacrificio creía el que podíamos ganar mucho más.

La dueña de una facenda vecina había intentado en varias ocasiones que yo fuera a trabajar en su casa. Yo no había querido ir porque estaba muy a gusto con mi trabajo, pero al querer irse mi padre le conté la oferta que tenía. Así es que fuimos a verla para decirle que si nos daban una cantidad de hectáreas de café para cosechar, cuando ésta terminara yo iría a la casa a trabajar y mi padre podría seguir cultivando el café como los demás colonos y de noche podríamos estar juntos. Todo le pareció muy bien y nos firmaron el contrato para la cosecha de café y nos dieron una casa para vivir cerca de la casa de los patrones, con 10 hectáreas de plantación de café que nosotros debíamos cosechar, para lo que nos entregaron unos lienzos que se ponen debajo de los cafés para recoger los granos y una partida de bolsas para ir llenando para entregarlas y cobrarlas oportunamente.

En eso estábamos esperando que se iniciara la cosecha y como no teníamos nada que hacer fuimos a visitar a unos paisanos que trabajaban en una facenda cerca de la ciudad y comunicarles nuestros planes para el futuro y nos aconsejaron que tratemos de irnos de ese nuevo empleo, pues el dueño de ese establecimiento era una mala persona que no le pagaba a la gente que trabajaba y al que se animaba a protestar, le hacía castigar por sus capuaros, nombre que le dé da a los policías de las facendas y que hacía poco habían matado a un italiano y se estaba averiguando la causa con la intervención del Cónsul italiano. Con datos tan halagadores empezamos a pensar la mejor forma de irnos, pero cómo lo hacíamos sin que nos viesen. De día era imposible y de noche tampoco era fácil, pues la tranquera principal permanecía cerrada y custodiada por uno de los policías en una casilla de madera que había por el lado de adentro. Pensamos hablar con el dueño y decirle que pensábamos irnos, pero temíamos que nos hiciera castigar por no cumplir lo que habíamos prometido, máximo que ya nos habían entregado la casa y todo lo necesario para la cosecha del café y yo comprometido para ir a trabajar a la casa no bien terminase la cosecha. Así es que estábamos con un problema muy difícil de resolver. Para mejor, habíamos comentado con una vecina que tenía un puesto de artículos de almacén donde comprábamos el pan, huevos, verduras y todo lo que necesitábamos para comer, ya que en la casa no teníamos nada de nada y le preguntamos qué había de cierto de lo que nos habían contado de la muerte del colono y no hizo otra cosa que confirmarnos que el colono vivía con la mujer y dos hijos en la misma casa que nos habían dado a nosotros. Creía que era una venganza porque se presentó al Consulado italiano acusando al patrón de malos tratos y que no le pagaba lo que le debía, pero que no había sido el patrón quien lo mató, sino el policía que estaba de guardia esa noche, que al no abrirle trató de pasar por el alambrado y fue entonces que le disparó un tiro de escopeta y lo mató. Lo tenían preso en la comisaría del pueblo y muchas noches venía para estar con su mujer que vivía en la facenda. El patrón es muy amigo del comisario, se llama Maniquiño López, pero se debía llamar Maniquiño Loco, por los atropellos que cometía con sus colonos. Después supimos muchas cosas poco dignas de gente civilizada, pues cometía atropellos con las mujeres e hijas de sus colonos, válido también por ser caudillo político de la región. Claro está que con

tan malas noticias, ya no pensábamos en otra cosa que no fuera irnos y como teníamos poco que hacer, empezamos a recorrer el campo para ver por dónde podíamos escapar sin ser vistos y encontramos a unas 10 cuadras de donde teníamos la casa, que sí se podían pasar los alambrados sin mayor peligro y luego internarnos en el bosque de un campo vecino donde estaban abriendo una picada para unirse al camino principal, como una media legua de largo. No lo pensamos más y esa misma noche con nuestro equipaje atado a la espalda, emprendimos viaje hacia otra facenda a dos leguas de distancia adonde teníamos unos conocidos y ya nos habían buscado trabajo. Con bastante susto hasta vernos fuera de la finca, pero mucho más cuando transitábamos por el camino dentro del bosque a oscuras, apoyándonos en un palo para guardar el equilibrio, pues tropezábamos con las ramas de los árboles y el suelo tan desparejo que nos caíamos con mucha frecuencia. Como en ese bosque había animales salvajes y sobre todo muchas víboras, cualquier ruido que hacía el follaje de los árboles ya deteníamos la marcha y nos aprontábamos con nuestro garrote, única arma que llevábamos para repeler cualquier ataque, que felizmente no se concretó, pero pasamos momentos malos. Cuatro horas de viaje por tan malos caminos y cargados con el equipaje y algunos enseres de cocina, las hamacas de dormir y el miedo de que nos siguieran y nos hicieran volver a la facenda o nos pasase algo peor. Tratábamos de alejarnos lo más pronto posible, pero el cansancio nos vencía y yo que calzaba zapatillas, llevaba algo lastimado un pie, perdía un poco de sangre y con la suciedad del camino teníamos miedo de una infección. Así es que mi padre me echó un poco de aguardiente que llevábamos para darnos coraje. Me lo ató con un pañuelo y tratamos de seguir, pero yo cada vez caminaba peor y la marcha cada vez se hacía más lenta. Así que nos apartamos algo del camino y acampamos para descansar y esperar a que saliese el sol y ver por dónde caminábamos y pedir a Dios que nos protegiera, pues en casos así la oración y la fe hacen milagros y nosotros como buenos cristianos confiábamos ampliamente. Convinimos con mi padre que dormiríamos por turno, así mientras uno descansaba el otro hacía guardia. Yo debía ser el primero, luego me despertaba a mí y dormía él, pero era tanto el cansancio que al poco tiempo dormíamos los dos y despertamos cuando ya había sol. Esas horas de descanso nos hicieron bastante bien y hasta se nos había desvanecido el pesimismo de la noche anterior y viendo por donde caminábamos, pronto llegamos

al camino principal. Pero yo seguía caminando con alguna dificultad y aún faltaba legua y media para llegar a nuestro nuevo destino. Por ese camino pasaban tropas de carretas llevando sacos de café a la estación del ferrocarril, justamente a donde nos dirigíamos nosotros. Al pasar una de éstas mi padre les pidió que me llevaran a mí por estar lastimado y no poder caminar, desde luego pagando lo que fuese. Nos preguntaron de dónde veníamos y les dijimos la verdad, que veníamos escapando de la facenda de López adonde teníamos que trabajar en la cosecha recolección del café, pero nos habían contado tantas cosas malas de ese señor, que teníamos miedo y por eso nos fuimos. Nos contestaron que hicimos bien, pues era un loco y un asesino, así es que nos llevaron a los dos sin cobrarnos nada. Siempre hay almas buenas. Que Dios les pague todo el bien que nos hicieron.

Ya en nuestro nuevo destino nos sentíamos protegidos, felices y contentos. Se trataba de una de las grandes facendas de la provincia de San Pablo, con estación de ferrocarril dentro de la misma. Una extensión de 30.000 hectáreas, la mayor parte con plantaciones de café, bastante caña de azúcar, mandioca, porotos, mucho maíz, frutales de muchas clases, sobre todo naranjas y mandarinas, muy abundante en ananás y se criaba bastante hacienda vacuna y caballar. Un verdadero pueblo con más de 50 casas todas juntas, superficie de 100 metros cada una, sus huertas, chiqueros, gallineros para la comodidad de los colonos y sus familias y cultivaban de todo para el gasto de la casa. Criaban abundantes pollos y gallinas, hacían pan para sus gastos y nos vendían algo a nosotros, pues los patrones daban casa y comida, pero no pan. Nos daban fariña con fachoes fritos y unas tortas con harina de maíz y azúcar, bien como postre o a la mañana para el desayuno. El plato nacional obligado es arroz con porotos negros, con algo de carne de cerdo fresca, pues con el gran calor que hace no se puede conservar. La comida no era escasa pero siempre la misma. Cansaba mucho y echábamos de menos nuestros cocidos de garbanzos y el bacalao con patatas, que tanto se comía en nuestra tierra.

Aparte de los colonos, que a cada uno les daban una cantidad de plantas de café para cultivar que variaba entre 10 y 20 hectáreas, por lo que le pagaban una cantidad anual por planta y le permitían

plantar en los espacios libres que dejaban las plantas de café, maíz, porotos, que podían aprovechar para su beneficio hasta que las plantas tenían 5 años, trabajaban 60 personas en distintas ocupaciones al mando de capataces para carpir los cafetales, sembrar la caña de azúcar, batatas, mandioca y para todos los trabajos en general. En eso trabajaba mi padre con un sueldo de 60.000 Reis por mes que era lo que ganaban los peones. Yo trabajaba ayudando en la casa a servir la mesa a los patrones y cuando llovía, como se mojaban los peones y no por eso dejaban de trabajar, porque luego salía el sol y se les secaba la ropa encima, se les daba un jarrito de caña a cada uno para que no se enfermaran. En esos casos yo acompañaba a otro en un charrecito llevando un pequeño barril de madera de unos 20 litros para repartir a los peones. Fuera de eso, mi trabajo era muy bueno y descansado y el sueldo de 40.000 Reis por mes, para mi edad que en ese entonces tenía 12 años, tampoco estaba mal. Además siempre había algún regalito de los administradores y de los patrones cuando venían a visitar la estancia. Se comía bien, la misma comida que los patrones y pan fresco en abundancia. Una habitación para mí solo, que más tarde tuve que compartir con mi padre, que no quería vivir en el galpón de los peones. La comida tampoco le gustaba y no había forma de que se acostumbrara. Lo estaba pasando mal, hasta que en casa de unos colonos españoles le hacían alguna comiditas a su gusto y le vendían pan, pero eso le resultaba tan caro que muy poco quedaba del sueldo, pero estaba contento. Los domingos se reunían con otros colonos para ir a misa a la mañana y por la tarde jugaban a las cartas y los más jóvenes paseaban o bailaban, todos estaban contentos. Yo poco participaba de estas diversiones pues tenía que atender a los administradores y gentes que venían de visita y eso no me parecía bien, yo quería tener libres los domingos para divertirme con los hijos de los colonos, algunos de mi edad. Les comuniqué mis deseos a los patrones, pero la señora ya de edad y que los domingos por lo regular quedaba sola, no quiso acceder y yo desde ese momento me empecé a sentir molesto.

Llevábamos 7 meses en esa facenda muy contentos por el buen trato y a mi gusto con la amistad que nos brindaban los colonos, pero no podíamos ahorrar casi nada, apenas lo que yo ganaba y en casa sobraban necesidades y mi padre sufría mucho por las malas comidas y

los trabajos del campo, los fuertes calores, las lluvias tan frecuentes, luego el sol y la ropa se secaba arriba del cuerpo y llegó a pensar que podría enfermarse y no poder seguir trabajando y en consecuencia no pagar las deudas que teníamos en España y que era por lo que habíamos venido y mi pobre madre esperando los giros de dinero que no podíamos mandar, prometiendo hacerlo lo antes posible. En nuestras cartas la teníamos al tanto de lo que nos pasaba.

En una de sus cartas nos hablaba de mi tío Toribio y dos primos más que habían llegado al Brasil junto con nosotros y estaban mandando mucho dinero para la familia y nos daba su dirección, un pueblo nuevo en la estación Cerquera Cesar Sorocabana, 100 Kms de donde estábamos. Les escribimos contándoles nuestra situación y si había algún trabajo conveniente para nosotros. La contestación no se hizo esperar, había trabajo para los dos. Mi padre para atender un salón de billares y yo para servir comidas en un hotel nuevo, recién inaugurado que trabajaba mucho. El sueldo para mi padre sería de 120 mil Reis por mes, casa y comida, además de algunas propinas y para mi 80 mil Reis.

Nos despedimos de los amigos colonos con bastante sentimiento y agradecidos de las muchas atenciones que habían tenido con nosotros. También fui yo a despedirme de mis patrones, cosa que no les gustó nada y la señora me pidió que me quedara, que me aumentaría el sueldo y que domingo por medio me daría libre. Como no podíamos quedarnos porque ya habíamos escrito a mi tío que nos reservara las plazas que nos ofrecían y que salíamos en el primer tren, la señora se enojó tanto, que me echó una maldición diciéndome que ya que no quería seguir trabajando con ellos, no pararía en ninguna parte. Hubo un tiempo que efectivamente más de 2 ó 3 meses no paraba en ningún empleo, por muy bien que estuviese, siempre encontraba motivos para irme y muchas veces he pensado si no será la maldición de Doña María. Era una señora muy buena y yo nunca he creído en esa maldición, estaba algo enferma y se había encariñado conmigo y le dolía que me fuera.

A los dos días ya estábamos en Cerquera Cesar para hacernos cargo de nuestros puestos, con gran satisfacción de ambos. Teníamos buena habitación, comida buena y abundante, los patrones muy buena gente y

nuestro trabajo era atender bien a la gente, cosa que hacíamos lo mejor que sabíamos que era muy poco y pronto nos desempeñábamos bastante bien. Estábamos muy contentos porque ya podíamos girar a España las pesetas que tanto necesitaba mi madre para pagar las deudas y librarnos un poco de tantas preocupaciones.

Cerquera César, un pueblo en formación, con comercio de toda clase, algunos muy importantes y de mucho porvenir, era la terminal del ferrocarril, así es que todos los productos de la zona, como ser café, algodón, azúcar, venían ahí y los hacendados y gente de la zona tenían que hacer sus compras en ese pueblo, único en 10 leguas a la redonda, donde encontraban de todo y hasta algunas diversiones, un mercado para la venta de sus productos, abundaba el trabajo y se manejaba mucho dinero.

Con mi tío y mis primos lo pasábamos bastante bien, de éstos uno trabajaba en una farmacia y el otro en un almacén de ramos generales. Mi tío tenía un carro con dos mulas y se ganaba muy bien la vida llevando mercaderías de la estación a las casas de comercio o de éstos a la estación. Tenía muy poca competencia, a los pocos meses de estar nosotros allí, le tocó la lotería. Como ya se consideraba rico, vendió sus cosas y se fue para San Pablo, llevándose los dos chicos, pero se negaron a ir a España. Miguel se quedó en San Pablo y después se fue a Cuba donde supe que había prosperado mucho. Tenía una gran sombrerería en la Habana. Pedro volvió para Cerquera Cesar a trabajar de nuevo en la farmacia y creo que se casó con un familiar del dueño y también prosperó bastante. Hace mucho tiempo que no me comunico con ellos. Mi tío, ya radicado definitivamente en España, vivía bien disfrutando con su familia de su fortuna tan fácil ganada.

Nosotros seguimos trabajando con bastante buen resultado, mi padre atendiendo el salón de billares y yo en el restaurante del hotel, donde cada día se trabajaba más. Los clientes eran en su mayor parte los campesinos de la zona, algunos viajeros del tren, empleados de comercio y muchos transportadores de café que con 8 a 10 mulas acampaban frente al hotel, donde esperaban 3 ó 4 días para entregar el café, cargar mercaderías y transportarlas al interior y aprovechaban esos días para divertirse en el pueblo. Pero como

tomaban mucho, siempre había pendencias entre ellos y muchas veces se peleaban con facones bien guarnecidos con cabo de plata, del que no se desprendían ni para dormir. Era lindo verlos pelear, muy diestros en el manejo del cuchillo, se atacaban y defendían por mucho tiempo, así hasta que alguno quedaba fuera de combate. La gente presenciaba eso como un espectáculo y nadie podía intervenir pues los contendientes se jugaban el título de guapos. Algunos en esas peleas quedaban mal heridos y la policía se encargaba de llevarlos a un pequeño hospital donde un practicante y una enfermera hacían la primera cura, hasta que llamaban al médico que en muchos casos no llegaba a tiempo. El herido montaba a caballo y desaparecía en el bosque donde era muy difícil prenderlo. La policía no tenía alimentos ni personal para perseguirlos, era una miseria a la orden de un sargento y 4 vigilantes que daba risa ver cómo iban vestidos. El sargento con pantalón, campera, botas, un sable largo, revolver y gorra, los vigilantes vestían camiseta, por lo regular llena de agujeros, un pantalón atado con una cuerda donde colgaba un gran sable, descalzos y con gorra reglamentaria. Reclutados entre la gente de la zona que no les gustaba trabajar, poco era lo que se podía confiar en ellos, era gente poco culta y también les gustaba tomarse unas cañitas en cada boliche que pasaban y como eran muchos y no las pagaban, abusaban un poco y no era difícil verlos en algún rincón del boliche durmiendo la mona y no los podían dar de baja porque pagaban muy poco y no había candidatos para esos puestos.

Los transportadores de café, como eran afectos a la bebida, promovían desórdenes con mucha frecuencia. Donde más ocurría eso era en el hotel donde yo trabajaba, pues aparte del comedor, tenía un despacho de bebidas y de noche se reunía bastante gente y tomaban mucho. Se ganaba fácil el dinero y así también se gastaba. Se formaban grupos de 8 a 10 personas y era costumbre que uno convidaba y otro retribuía y así se tomaban varias vueltas hasta que se iban caldeando los ánimos y bastaba que uno rechazase una copa para que el otro lo tomara a mal, lo consideraba una ofensa y por eso empezaban muchas peleas, o por guitarreadas de contrapunto también pasaba algo parecido. Empezaban de broma para pasar un rato, enseguida le hacían coro los partidarios de los payadores, gente de las estancias vecinas que venían al pueblo, convidándolos a tomar, cosa que aceptaban con gusto y ya un poco bebidos, el contrapunto

subía de tono y empezaban a decirse groserías que el público festejaba con ruidosos aplausos, hasta que alguno se creía ofendido por el contrapunto y entonces empezaban las peleas, en las que por lo regular tomaban parte alguno de los mirones a favor de uno o de otro y como todos bebían bastante, los ánimos estaban caldeados. Empezaban por atacarse a puñetazos para seguir con las sillas, botellas, vasos y todo lo que encontraban a mano, para luego atacarse con los facones, arma que todos llevaban encima y en lo que gastaban mucho para adquirirlos, algunos verdaderas joyas con mango y vaina de plata, prendidos en un cinturón con muchos adornos de plata y oro, igual que los recados de montura y las riendas con adornos de plata, era un lujo que la mayor parte de los paisanos trataba de darse, pues en esa forma se creían superiores a los otros.

También tenían buenos caballos que utilizaban para venir al pueblo y disparar después de las peleas. En estas peleas que eran bastante frecuentes por la clase de público que concurría al bar del hotel, había siempre algunos lastimados, a veces de gravedad. En una de ellas la cual presencié por razones de mi trabajo, lastimaron al encargado del bar y uno de mis compañeros y yo me libré por que cuando comenzó la gresca me fui para el salón de billares al otro extremo del edificio que atendía mi padre y le conté lo que estaba pasando y temeroso de que alguna de esas riñas pudieran lastimarme, no quiso que siguiera trabajando en ese hotel y me mandó para San Pablo a un hotel de un señor español Sr Agapito Álvarez, que tenía una combinación con el hotel que yo trabajaba en Cerquera Cesar, mandándole los pasajeros que se dirigían a esa y ellos a su vez les mandaban los que iban a San Pablo.

Así es que al saber el patrón el motivo por qué me iba, me recomendó a ese señor que no pudo darme trabajo por tener completo el personal, pero me recomendó a los dueños de un gran bar cerca de la estación "La Luz" del ferrocarril Sorocabana. Había números de varietés y trabajaba mucho. Era un salón bastante grande con más de 100 mesas adonde se podía atender a 400 personas sentadas. El trabajo empezaba a las 6 de la tarde y los números de varieté a las 8. Para esa hora ya estaba lleno el salón, pues no se pagaba la entrada. La consumición era obligatoria, los precios muy razonables

para esa clase de negocio. A mí me dieron una plaza de ayudante de mozo con un sueldo de 60 mil Reis, casa y comida y se comía muy bien y nos daban una botella de cerveza para cada comida. También ayudaba al personal del mostrador en las horas de mucho trabajo y servía algunas mesas que se improvisaban cuando había mucho público, también hacía de suplente cuando faltaba algún mozo o tenia día libre. Todo eso me resultaba muy beneficioso ya que se ganaban buenas propinas. La patrona que no tenía hijos, me había tomado mucho cariño, a tal punto que a los dos meses de estar allí, me llevaba con ella a hacer compras, a pasear y muchas tardes que ella no salía, me regalaba 10 mil Reis para que fuera al circo o al biógrafo. Fuera de las horas de trabajo, que era después de las 8 de la noche, no me permitían hacer nada. Todo el personal de mozos que eran más de 20, tenían que hacer todos los días de 2 a 5 la limpieza del salón, la vajilla y cristalería, zócalos, espejos y todos los útiles del servicio. A los pisos de mosaico se les pasaba aserrín mojado con kerosén, quedaban muy lindos y relucientes. A las 6 de la noche, cuando se empezaba a atender al público, debía estar todo impecable. Yo, como todos, lo hice los primeros días, pero doña Josefina me lo prohibió terminantemente, con el desagrado de algunos compañeros, que hasta me gastaban bromas un tanto pesadas, ya que en esa época tenía 14 años. Veía en ella una madre cariñosa y buena y yo, que jamás había sido tratado con tanta bondad, me desvivía por hacer lo que me mandaba lo mejor que me era posible para tenerla contenta, ya que mi agradecimiento no tenía límites. Estaba viviendo un sueño del que tenía miedo despertar.

Principales fechas e hitos en su vida

Año	Mes-Día	Edad	Hecho	País	Ciudad
1887	09-sep	0	Nace en España, Zamora, Calzadilla de Tera	España	Calzadilla
1898	04-may	11	Salen del pueblo, Calzadilla rumbo a Vigo		
1898		11	Desembarcan en Río de Janeiro	Brasil	Río de Janiero
1898		11	Llega a San Pablo, Brasil y de ahí lo reacomodan en una Facenda en Cerquera Cesar		San Pablo
1899		12	Trabajando en San Pablo, Facenda del Dr. Don Juan de Rocha, de los más ricos de la provincia de San Pablo		San Pablo
1900		13	Trabaja en un hotel cerca de la estación		Cerquera César
1901		14	Vuelve a San Pablo con Don Agapito Álvarez, Hotel Da Fux, se había puesto peligroso el hotel		San Pablo
1902		15	Su padre le dice que viaje a Buenos Aires y él (Felipe Sastre) se vuelve a España (Sale de Río para llegar a Vigo)		Río de Janiero
1902	jun	15	Sale de Santos (Brasil) para llegar a Buenos Aires, Argentina	Argentina	Buenos Aires
1902	07-sep	15	Se escapa de su trabajo y de sus tíos, se cuestiona su vida y su sin fortuna		
1903		16	Empieza a cambiar varias veces de empleo, en restaurantes y confiterías		
1904	jul	17	Regresa por primera vez a Calzadilla a ver a sus papá y sus cuatro hermanos menores	España	Calzadilla
1908		21	Se casa en Rosario con Ignacia Pordomingo (1887-1972), Argentina, con testigos falsos	Argentina	Buenos Aires
1909	21-mar	22	Nace Juan Manuel Sastre hijo, en San Juan y Boedo, Buenos Aires	Argentina	Buenos Aires
1911	10-ago	24	Nace Amalia Sastre en España	España	Zamora
1916		29	Trabaja en Los Dos Chinos, Buenos Aires.	Argentina	Buenos Aires

Año	Mes-Día	Edad	Hecho	País	Ciudad
1917		30	Viaja solo a España, ida y vuelta.	España	Calzadilla
1917		30	Ingresa al rubro del calzado. El Sr Ramos lo convence. Zapatería Pichincha 272	Argentina	Buenos Aires
1918		31	A raíz de la muerte de Ramos, aparece su primer taller en la calle Senillosa 883		
1921		34	Fábrica en José Bonifacio 1320 / 28.		
1924		37			
1925		38	Nace Tonsa y llega la Fortuna		
1930		43			
1958		71	Manuel e Ignacia celebran sus bodas de oro. Un acontecimiento realmente feliz. Gracias Señor.		
1974	14-ago	87	Fallece a los 87 años de edad.		

Fotos e Imágenes

Comunión de sus nietas Amalia y Graciela, 8 de diciembre de 1949

De derecha a izquierda, Graciela Martínez, Juan Manuel Sastre y Amalia Martínez.

Posters de la Casa Tonsa, el calzado perfecto

LA RENOVACIÓN. El calzado de 1935 aportó una renovación importante con la aplicación del cuero de víbora, avestruz o cocodrilo. **Tonsa**, de Florida 260, ofreció zapatos para dama "escotado en pitón legítimo, color verde con manchas oscuras. Ribeteado en lagarto auténtico. Taco Luis XVI de cinco centímetros y medio, a 9,80 pesos".

Carlos Russo - Kado Kostzer
revista panorama
30.03.1971